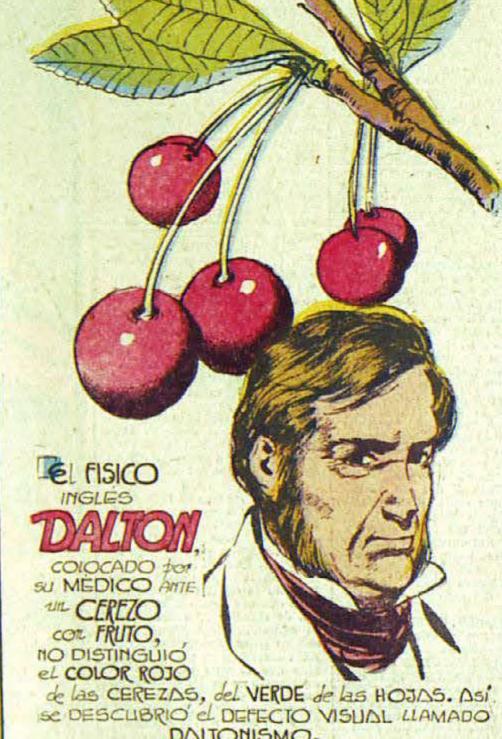
ANO I

BUENOS AIRES, JUNIO 2 de 1934

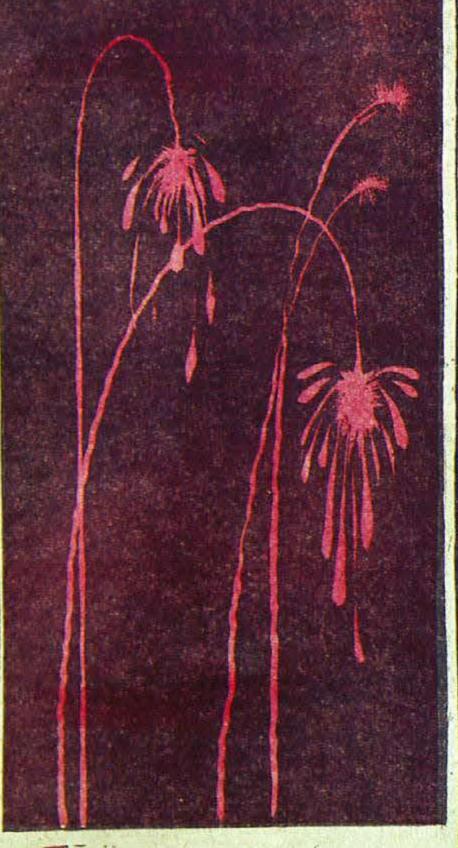
Se Defiende con Aire \* po PREMIANI





DALTONISMO.





BENGALA

SE DIVISAN & 50 KILOMETROS & DISTANCIA.

el MAS HERMOSO de las POETAS, era RENGO.

Ma CAPA de HIELO de MEDIO METRO de ESPESOR SOPORTA el PESO de un TREO de PASAJEROS.

co Leggatt, vicario de Meddersley era de un temperamento muy ecuanime y había cultivado ese don durante su estada en el colegio de Cambridge. Había estudiado las ciencias matemáticas casi con devoción y esta gran afición provendria tal vez de su modo de ser conciso, ordenado, matemático. " Una espléndida mañana de prima era, salió apresuradamente de la sacristia de su antigua iglesia parroquial para dirigirse a su casa, donde encontró a Su esper por quien sentia un gran carino. Antes de hablarle se par sobre la alfombra que había mente a la estufa y con

ció me liter un instante. -| laran! - dije con una expresión que su esposa desconocia. - Preparate a recibir una mala noticia; ha habido un robo en la iglesia. ¡El cáliz de Hislip ha desaparecido!

las manis en los bolsillos pare-

La señora Leggatt hizo un gesto desesperado y se deló caer sin fuerzas en la silla más próxima; parecia anonadada. La noticia que acababa de darle su marido era para ella de gran importancia. Si le hubieran dicho que acababan de asaltar el banco local o que el tesoro del gobierno se habia agotado, no hubiera estado tan horrorizada, porque ninguna de esas catástrofes era irreparable; pero la pérdida del cáliz de Hislip tignificaba ya otra cosa, El cáliz de Hislip era famoso,

ánico; su valor ascendia a... la senora Leggatt no lo sabla a tiencia cierta, pero le bastaba jaber que era una de las pocas reliquias dejadas en Inglaterra antes de la Reforma. Databa del año 1427 y los arqueólogos y expertos lo miraban con una reverencia enorme. Una enorme santidad de gente había venido lesde las partes más remotas de a tierra para verlo y Leggatt había consentido en que fuera lotografiado. Y una vez un casallero que venía del otro lado tel Atlantico había ofrecido al ricario diez mil dolares por el tálix... y al obtener la respuesn negativa había doblado la suna, que naturalmente no fué puficiente para debilitar la decinon del fiel guardián de la re-

— | Imposible, Francisco! — nurmuró consternada. — | Se ha-

-¡No! - respondió Leggatt naciendo un gesto que su esposa conocía muy bien. — ¡Lo han cobado! Abri el cofre de la sa-cristía y me di cuenta que el cá-Is de Hislip no estaba allf. Siempre lo he guardado en el mismo ugar, desde el día que vine iqui, hace ya nueve afica... a n derecha, al fonde. Y ese lugar staba vacio.

-INo le habrés cambiade de mgar? - sugirió la señora Leg-

-Nunca cambio al lugar de as cosas - replicó al vicario. -Como tú bien lo sabes - agre-

La sefiora Leggatt lo sabia sien; su marido no podía ver in periódico en el suelo, un libro hiera de su estante e un cuadro lesviado un milimetro de su posición normal; no, ella no podría ioncebir a su esposo extravian-lo algo, perdiendo alguna cosa. Era de esa clase de hombres pue podrían levantarse a mediabothe y a oscuras encontrar le

— Cuándo fué la titima vas pe lo viste, Francisco? — pro-junto débilmente.

-Hoy as juevas - contestó beggatt. - La última ves que o vi era lunes; para más pre-isión, el lunes a la mañana. Hare le posible por recordar las prounstancias, Marian; el lunes he un dis excesivamente humelo y después del almuerzo Sir Charles me mandó decir desde al Ayuntamiento que sus huéspedes estaban obligados a quearse sin salir a causa del mal lempo y que si ye no tendría nconveniente en mostrarles la tapilla. Fueron todos ... y Sir Charles con ellos. Les hice cotocer todo y estuvieron en la Iglesia cerca de una hora, una hora y veinticinco minutos para ser exacto. Naturalmente, les mostré la plateria, la que saqué del cofre que, como tú sabes, istá perfectamente seguro y coloqué todo sobre la mesa de la pacristía; como te imaginarás, es conté toda la historia del cális de Hislip... su historia, su ralor inmenso y también que era único en el mundo. Luego lo puse en su lugar con todos los demás objetos.

-1Y, naturalmente, cerraste son llave? - preguntó la sehora Leggatt. El vicario, que permanecia

todavia de pie, hizo un gesto de fastidio. -Este ... - contesto .- Lo

lamento ahora, pero no cerré el cofre. Tan luego en ese momento! Dejé las llaves en la cerradura, aunque... creo que se me ocurrió la idea de sacar uno de los registros antes de cerrar. Si, salimos de la sacristia entonces, para examinar la capilla, y recuerdo ahora que... las personas que me visitaron no estuvieron todo el tiempo juntas; algunas estaban conmigo, ovendo mis explicaciones, otras te quedaban admirando algún objeto y las demas... bueno, tú sabes lo que hace la gente en esas circunstancias. Cuando todos se fueron cerré el cofre sin mirar adentro de nuevo... y vine a casa, Marian... no hay duda de que el cáliz de Hislip fué robado mientras esas personas estaban en la iglesia. -¿Crees tu que alguien logro

entrar mientras tú estabas con

L reverendo Francis. Sir Charles y sus huéspedes? — O co Leggatt, vicario de preguntó la esposa del vicario. -No, no creo eso - respondió

Leggatt sardónico. -Nadie hubiera podido entrar, puesto que cerre con llave las puertas, para que nadie nos distrajera. No... yo creo que uno de los invitados de Sir Charles robó el cáliz.

La señora Leggat dejó ofr una exclamación de horror. -; Francisco! - dijo. - ¡Uno de los invitados de Sir Charles! ¡Pero eso es imposible! Ni debieras pensarlo.

-Sin embargo lo pienso y tengo motivos para ello; y que ello sea imposible, es pura tontería, Marian. ¿Que sabemos nosotros acerca de los huéspedes de Sir Charles Leddingham? Absolutamente nada... que se relacione con su moral.

-Pero... pero... gente de esa clase... - protestó la senora Leggatt.

-¡Falso! - dijo Leggatt y, riéndose desdeñosamente, agrego: -Todas esas son tonterias también. Pero indaguemos; exceptuando a Sir Charles, tene-mos al viejo Lord Pelford y, naturalmente, a su mujer, Lady Pelford. No sospecho de ellos, quiero decir que no veo razón para sospechar; el viejo Pelford es un juez retirado... no creo que haya robado el cáliz, ni su esposa tampoco.

-Yo ni lo hubiera pensado dijo la señora Leggatt con indignación. Son gente muy amable y me quedé encantada cuando comi con ellos la otra noche. -Después, está Sir Robert Sindall - continuo Leggatt sin inmutarse. - No sé nada de él; solamente que su caballo gano varias carreras el año pasado. -Y además es un hombre muy

rico - observó la esposa del -Eso no me impediría sospechar de él — contestó Leg-gatt. — Hay millonarios que

están afectados de cleptomanía. Después, el coronel Belchanter. -Y la señora Belchanter, agregó la señora Leggatt. --También ellos son muy simpáticos, Francisco.

-Serán todo lo simpáticos que tú quieras, pero alguien ha robado el cáliz de Hislip.

—Bien... quedan otros cuatro

todavía. El capitán Riversley... diria que aficionado a las carreras de caballos... a los juegos de naipes... y esa clase de cosas. El señor Hawksfoot; no sé nada acerca de él. pero me imagino que es algo así como un aventurero... la clase de hombre que se ve en Montecarlo, en Deauville y en las casas de empeño los lunes por la mañana.

-1 Como sabes, Francisco? preguntó la esposa. - Tú nunca has estado en ninguno de esos lugares.

-Pero he leldo mucho acerca de ellos - contestó Leggatt. Y mis oldos oyen muy bien. Bueno... dos más, dos mujeres. La sefforite Field-Maple...

-Esa muchacha tan hermosa . - exclamó la señora Leggatt. - No puedes sospechar

-Y la señora Peacock ... -La señora Peacock es una mujer agradabilisima - dijo la esposa del vicario. Le tome una gran simpatfa al interesarse tanto por la tos de Bobby, cuando le dije que yo me encontraba incapaz de curarla.

-He notado que la señora Peacock es muy aficionada al bridge — observó Leggatt cínicamente. Y ye diria que por su conversación se ve la manía que tiene por las carreras y otras clases de juegos. Marian, tû tienes que reconocer que todas las personas que están en le de Sir Charles, hombres y mujeres, desde Lord Pelford abajo, son jugadores enviciados, y ya sea uno u otro, está entre ellos el que ha robado el cáliz de Hislip; nadie más pudo haberlo hecho, pues desapareció mientras yo estaba con esas personos en la capilla... te dife que algunas se separaron del grupo que estaba conmigo y recorrieron libremente todo el lugar. Tú sabes cómo está situada la sacristía... qué fácil hubiera sido para el ladrón, habiendo sabido de mis labios su inmenso valor, entrar sin ser visto, abrir la puerta del cofre, que estaba sin llave, y sacar el cáliz. Como no es de gran tamano no es muy difícil de ocultar; estoy tan seguro que uno de los huéspedes de Sir Charles Leddingham se ha apropiado de la reliquia con la esperanza de venderla, como de el vicario de Meddersley. Ahora la dificultad es saber cuál es.

-1 Qué vas a hacer, Francisco? — pregunto la señora Leggatt con voz apenas perceptible. -LLa policia? -Por ahora no - contestó

Leggatt. No ... voy a pensar! Luego la señora Leggatt se levantó y dejó solo a su marido que, llenando su pipa, se puso a pensar.

Leggatt pensó un largo rato profunda y serenamente. Estaba absolutamente seguro de una cosa: nadie habia entrado a la iglesia desde el momento que había salido de ella esa tarde del lunes, hasta que volvió a ir ese jueves... a la manana. La capilla no se abria todos

los días en Meddersley; porque según creía Leggatt dos oficios por domingo eran suficiente para una población que no excedia de cincuenta almas. Existia la posibilidad de que Higson, el sacristán, hubiera visitado la iglesia por alguna razón durante los dos días... pero estaba casi convencido de que no había es-tado allí: el ladrón había actuado mientras él hacia de cicerone de los visitantes de la casa de

Recordaba perfectamente cada



tarde en que recibió a Sir Charles y sus huéspedes; después de recibirlos y cerrar la puerta de la capilla por dentre, les había conducido primero a la sacristia, donde, abriendo el cofre, sacó la vieja platería, los registros de la parroquia que databan del año 1547 y varios otros asuntos de interes que se habían acumulado durante las últimas dos o tres centurias. Había dejado las llaves en la cerradura cuando pasaron al interior de la capilla para observar la arquitectura, los monumentos, las inscripciones y las viejas pinturas murales. El y el vielo Lord Pelford empezaron a conversar de cierta figura importante... la de Sir Geoffrey

ria de los que olan prefirieron examinar el edificio. Y mientras uno estaba aqui y otro allá, el ladrón se habría deslizado silenciosamente en la sacristia, pudiendo así tomar el cáliz de Hislip. Por su tamaño, podría haberlo ocultado con toda facilidad en un bolsillo de

Meddersley, quien descansaba

en un nicho colocado en el mis-

mo santuario; la discusión era al

final tan técnica que la mayo-

su saco, o en una cartera grande, segun quién fuera el ladron. -Y naturalmente les dije todo acerca del valor de la reliquia - murmuró recordando. -Les conté lo del coleccionista americano que afreció diez y luego veinte mil dólares por él. Eso fué una enorme tentación, sobre todo frente a la necesidad; y a alguna de esas personas que juegan toda su vida a las carreras y las cartas se les acaba algún día el ingenio para conseguir dinere. Sin ninguna duda, cualquiera que fuera el ladrón del cáliz, lo tomó con la idea de venderlo más allá del Atlantico... es muy sabido que muchos tesoros europeos van a parar alla, donde los hombres que tienen la manía de las colecciones no hacen ninguna pregunta acerca del modo en que fueron obtenidas.

-Pero, lo esencial ahora... Ique puedo hacer? No quiero enterar al obispo y en cuanto al arcediano... no! La última vez que estuvo aquí dijo que, según su opinión, el cáliz Hislip, siendo lo que es, debía ser trasladado a la catedral; y si oyera que lo he dejado sin llave mientras había extraños en la capilla... bueno. Sería una catástrofe. Y yo no puedo, porque a mí se me ocurra, ir a lo de Sir Charles a registrar las habitaciones de los hombres y muleres que hay allí; y en cuanto a la policía... | no,

no quiero eso! Después de permanecer sentado unos minutes más, Leggatt vació su pipa y se dirigió a la villa a ver a Higson; descubrió muy pronto que el respetable sacristan no había estado cerca de la iglesia desde el domingo a la tarde. Y Higson era la unica persona que podría haber entrado, porque Leggatt tenía una de las dos llaves y Higson la otra. Por vigésima vez Leggatt se dijo que el cáliz de Hislip. había desaparecido durante la visita de los huéspedes de Sir Charles.

Pero, ¿quién era el ladrón? ¿Y cómo recuperar lo robado? Estuvo conversando con Higson durante algún tiempo y paso una hora antes que volviera a la Vicaria, dende encontró a su esposa en el hall. -: Al guna novedad, Francisco? - pregunto ansiosamente.

-No. ninguna, Estuve con Higson; naturalmente, no le dije nada de esto, porque nadie debe saberlo, Marian. Pero Higuno de los incidentes de aquella I son no ha vuelto a la capilla

caso, le pareció al vicario de Aquí se detuvo a ver una Meddersley que había des-cubierto el lugar donde estarjeta que estaba sobre una mesita de caoba; la señora Leg-

gatt siguió su mirada. -Estuvo la señora Peacock dijo indicando la tarleta. -Vino a preguntar côme iba la tos de Bobby y me dió algunos consejos para reprimirla. ¡Qué simpática! Me prometió venir de nuevo dentro de un día o dos... estará en el Ayuntamiento unos días más.

Leggatt continuaba observando la tarjeta y de pronto miró fijamente a su esposa. -¿No le dijiste nada... eh?

- pregunto Francisco! - exclamó indignada. - ¡Si yo fuera capaz de eso! Realmente ...

-Lo siento, Marian, lo siento. Naturalmente, no lo crefa, pero es tan important : que debemos guardar un silencio estrictisimo. Si el arcediano lo supiera...

¿Crees que no sé todo eso? dijo la señora Leggatt, que estaba todavía ofendida - y se retiró del lado del vicario, diciendo: -Es claro que no dije nada! ¡Nada!

Leggatt permaneció en el hall y distraidamente movia la tarjeta de la señora Peacock. ¿Así es que la señora Peacock había estado en la Vicaría para preguntar por Bobby? Muy amable, naturalmente, pero ... supongamos que la senora Peacock... tuviera otra idea en la cabeza? Supengamos que hubiera venido a "pescar" algo,.. con la intención de averiguar alguna cosa, por ejemplo si... si...

En ese momento a Leggatt se le ocurrió algo repentinamente y como impulsado por un desconocido, salió muy ligero, llegó hasta la puerta de calle y se dirigió al pueblo.

Leggatt, como que era un hombre que disponia de mucho tiempo, había leide mucho; no tenia una preferencia definida y

taba el cáliz de Hislip, si, como lo suponia, el autor del hecho hubiera procedido llevado por esa necesidad de ocultar lo robado. Y en menos de cinco minutos se dirigió a la oficina de correos, donde encontró que la señora Marsh, la que dirigia esa dependencia, estaba sola en ese momento; la señora Marsh era una persona de edad, viuda de un hombre de letras, el que al morir la dejó sin un centavo, por lo que tuvo que buscarse de un modo o de otro el medio de vivir. En ese empleo tenía poco

trabalo, excepto cuando Sir

Charles estaba en el Ayunta-

miento; entonces tenía que desplegar gran actividad, especial mente - traeria con el al sumente a la tarde, enviando y reperintendente de policia. Y no cibiendo telegramas con el resulquiero que eso ocurra, para matado de las carreras; desde las yor tranquilidad de la población. dos hasta las cinco y media casi todo el trabajo alli estaba tana encortinada y luego a la relacionado con las personas que puerta de su despacho; luego se alojaban en casa de Charles. sacó un libro enorme de un estante y, abriéndolo, se lo en-

Leggatt conocía el temperamento reservado de la señora Marsh y observándola mientras ella lo recibia en su pequeño y ordenado despacho no estaba muy seguro de poder obtener lo que deseaba.

-Señora Marsh - comenzó el vicario en tono confidencial he venido a verla por un asunto de gran importancia... tan importante que no puedo decirle de lo que se trata. Reconozco que debia haber ido a la oficina central de correos de Chilminster para obtener el permiso para venir aca, pero esto es tan urgente que no me atrevi a perder tiempo. Por eso vine directamente a usted.

-¿ Que es ello, señor? - preguntó la señora Marsh. Leggatt se aseguró primero de que nadie podia oirlo; antes había tenido la precaución de cerrar la puerta exterior y ahora cerraba otra que comunicaba con otra habitación interior. Luego dijo:



sorpresa.

leia cualquier libro que tomaba de su biblioteca, por cierto muy surtida. Recientemente había estado leyendo sobre criminologia; un volumen interesantisimo que había llegado a sus manos por pura casualidad, tuvo la virtud de atraerlo tanto que luego compró otros volúmenes que trataban de lo mismo. Y ahora, mientras salia de su casa por segunda vez en la mañana, se sorprendió repitiendo insistentemente una frase que habia leido no hacia más que dos dias en un libro sobre la técnica del robo: "lo primero que hace un ladrón para asegurar el objeto robado es deshacerse de él lo más rápidamente posible, guardarlo en algún lu-

del robo." Este, que sin duda es el proceder de los profesionales del delito -reflexionaba Leggatttione sin embargo su origen en cierco atributo de la naturaleza adoptarlo tanto los "aficionados" como los expertos. Librarse del artículo robado, escon-

gar seguro, para que, en el caso

de su inmediato arresto, no se

encuentre con el el producto

-Senora Marsh - y en su tono había misterio y algo de confidencial. - Quiero ver el libro de cartas certificadas y encomiendas. Se oyó una exclamación de

Oh, pobre de mí, señor Leggatt - dijo ella. - Yo ... yo creo que no debo hacerlo, señor. Tenemos ordenes severas de no divulgar los nombres a ninguna persona que los solicite. Eso podría costarme el empleo...

-Si yo fuera al correo de Chilminster — interrumpió Leggatt — y les dijera mi razón per la que pido esto, vendría conmigo el jefe de allí para autorizarla a que me dejara ver el libro; pero eso significaria... la policia. Y no quiero que la policia intervenga en este caso. Tengo mis motivos ... y motivos suficientes para pedirle que acceda a lo que le pido. Todo lo que quiero saber es el nombre de las personas que han enviado encomiendas desde el lunes pasado hasta hoy. Además, senora Marsh... usted me conoce, nadio... nadie sabra nunca una palabra de esto!

Pero la mujer todavia vacila-

sé. Pero me voy; y esto tiene que quedar en el más profundo silencio... nadie debe saberlo, inadie! -Naturalmente - respondió la esposa y mirando al reloj: -No tienes mucho tiempo para

prepararte - agregó. - Supongo que tomarás el tren de Londres en Chilminster, ¿no? Y tú sabes que de aquí a Chilminster sólo hay un tren...a las 3 y 15. Tienes que apurarte .

No hay necesidad -dijo el Vicario. -Todo mi equipaje consistirá de una valija de mano que puede arreglarse en cinco minutos... voy solamente por la noche. Estaré de vuelta mañana después de las doce del A las tres salió de su casa

para tomar el tren local y a las cuatro menos cinco estaba en la plataforma de Chilminster, esperando el tren expreso para Londres. Y mientras estaba de pie al lado de un puesto de revistas, mirando distraidamente a la gente, le llamó la atención ver a uno de los huéspedes de Sir Charles ... Hawksfoot, el hombre que según la opinión de Leggatt, era un aventurero. Hawksfoot, que parecía estar apurado, no había visto al Vicario, por lo que éste pudo ob servarlo comodamente; lo vie entrar a uno de los coches del tren que acababa de llegar, donde inmediatamente se puso a fumar. Cuatro horas más tarde tuvo ocasión de verlo de nuevo al llegar a su destino; Hawksfoot subió allí a un taxi y dió la dirección. Tampoco vió esta vez al Vicario.

Leggatt se dirigió a un tranquilo y antiguo hotel en las proximidades de la calle Bond y después de haber comido opiparamente se refugió en un rincon del fumoir, donde medito sobre el plan de campaña que tenía para la mañana siguiente.

Algunas circunstancias -pensaba- estaban a su favor ... por lo que se consideraba con suerte. Conocía muy bien las Heatherfield Mansions porque había alquilado un piso antes de su casamiento, cuando era cura de una iglesia cercana. En consecuencia, conocia las costumbres de la casa y -abía lo que se hacia con la correspondencia; si alguno de los mquilinos estaba fuera de su piso y no quedaba ningún sirviente en él, todas las cartas y encomiendas eran depositadas en los casilleros que para tal efecto había en el hall de la entrada prin-

Y con toda seguridad, la enmienda que la senora Peacock ¿Está seguro que vendria había mandado de Meddersley, con usted, señor? - preguntó la el martes por la mañana, estaria alli. Y Leggatt creia firme-Estoy completamente seguro. mente que en ese paquete esta-Pero - agrego significativaba el caliz de Hislip. Y ... es-

ba; miraba a la derecha y a la

izquierda, y evidentemente no le

producia ningún placer lo que

Leggatt! - dijo. - Es una irre-

excepcionales - interrumpió

Leggatt, - De otro modo ... no

me tendría aquí! Pero, si usted

cree que no puede, iré ahora

La señora Marsh mire la ven-

Desde el lunes por la mañana

he anotado solamente el nombre

de tres personas, señor Leggatt

dijo apuradamente. - Lea us-

ted mismo; naturalmente, sé to-

do acerca de los envios. Este

primero, es por un asunto sin

importancia, de John Coates;

manda a su madre un cheque

cada lunes y siempre certifica

la carta. Esta es una carta certi-

ficada de Sir Charles a sus ban-

queros en Londres, y la tercera

es por una pequeña encomienda

que mando el martes por la ma-

nana una de esas señoras que

Leggatt en un murmullo. - ¿Es-

mó la mujer. - Y le ruego no

lo haga saber a nadie, porque

-Quédese completamente

-Espero que habrá encontra-

-No puedo decirselo, al me-

nos... todavia, Pero... Vacilo

un momento, pareció reflexionar

y luego, murmurando otras pa-

labras de agradecimiento, salió

a la calle. Una vez afuera y

cuando hubo encontrado un lu-

gar en que nadie podía verlo, sa-

co del bolsillo una libretita y un

-Se lo envia a ella misma -

murmuro. - Inteligente. Ade-

mas, estara unos días más en

casa de Sir Charles... y fue a pre-

y será suficientemente amable

ción: Señora Guy Peacock, 23

Entonces escribió una direc-

Lo primero que hizo Leggat

al llegar a la Vicaria, fue guar-

dar en su cartera la tarjeta que

había dejado la señora Peacock;

tenía proyectado un plan de ac-

ción en el cual ese pedacito de

cartulina desempeñaria un rol

muy importante. Después anun-

ció a su esposa, al terminar el

almuerzo, que se iba del pueblo en el tren de la tarde. La seño-

ra Leggatt se quedó mirando a

su marido, pues para ella, que

nunca había vivido sino en el

campo, ir a Londres, que que-

daba cerca de doscientas millas,

era lo que para otras gentes

hubiera significado ir desde

- Francisco! - exclamó asom-

brada. Y luego preguntó:

Londres a Yokohama.

guna pista?

guntar por la salud de Bobby...

como para volver ... ¡Animo!

Heatherfield Mansions.

tranquila, señor Marsh. Ni un

alma llegara a saberlo nunca;

es un secreto entre usted y yo.

Le estoy agradecidisimo.

do lo que buscaba.

-Justamente esto - dijo

-Eso es todo, señor - afir-

están en el ayuntamiento.

to es todo?

mismo a ver al jefe de Chilmins-

No me gusta hacerlo, señor

-Pero las circunstancias son

acababa de decirle el vicario.

gularidad ...

señora Marsh.

trege a Leggatt.

A las diez de la mañana del dia siguiente, Leggatt caminaba por el nall principal de las Heatherfield Mansions y tuvo una gran alegria al reconocer es mismo portero de antes... un hombre que había estado en la guerra, llamado Murphy, Murphy recordaba muy bien al eclesiástico y lo recibio afectuosamente. Leggatt empezó a habiar de varios temas antes de entrar de lleno en el que más le interesaba; al fin sacó la tarjeta de la señora Peacock.. y se preparó para decir la mentira con que había pensado convencer al portero. Era todo falso, simples mentiras y las dijo sin

taba resuelto a recuperarlo.

inmutarse. -Yo no se si usted to sabe, Murphy - empező, -Desde que me fui de aqui he sido Vicario de Meddersley y hay alli una señora que vive aqui, la señora Guy Peacock; ahora está en una quinta de Medersley, como huesped de Sir Leddingham. La senora cock va a permanecer alli más da lo que pensaba y sabiendo que yo venía anoche para regresar hoy, me did su tarjeta para entregársela a usted; me dijo que le pidiera una encomienda pequeña que había mandado aquí el otro dia, porque ahora quiere ... ella dijo que usted tendría que haberla reci-

El Vicario se dió cuenta antes de terminar, que algo no estaba bien, que algo había sucedido. Murphy le miraba sor prendido.

-Perc... esto es algo extranisimo, señor Leggatt - dijo ei portero. - Usted es el segundo caballero que viene a reclamar ese paquete en esta mana. na y con el mismo mensaje; el señor Hawksfoot, que es un gran amigo de la señora estuvo hoy a las nueve a buscar esa encomienda. Y naturalmerto, yo se la di. Leggatt agradeció al cielo el

hecho de que su sorpresa no lo denunciara. -¡Ah! ¿El señor Hawksfoot

bido.

lo llevó, Murphy? - dijo tratando de decirlo con tranquitidad. - Entonces todo está bien; conozco al señor Hawksfoot. porque también era huésped de Sir Charles Leddingham. Ya me doy cuenta cómo se produjo la confusión; naturalmente, después que obtuvo el paquete... Pero, ¿vive por aquí el señor Hawksfoot? Esto lo dijo distraidamente, como sin darle im portancia y Murphy no vió el gran interés que nabía en la pregunta.

-Si, señor Leggatt - contestó. - Vive en el número 231 de Half Moon Street. Muy a menudo le he llevado notas de la señora... la mayoría acerca de carreras.

Entonces se volvió a atender a otro señor y Leggatt despi-- Tienes alguna ... idea? ; Al-

—Una idea, sí — asintió Leg- ♥ diéndose, salió a la calle. Estagatt. —Una pista... este... no | ba seguro de una cosa: Hawksfoot tenía ahora el cáliz de Hislip.

Leggatt se detuvo, preguntándose qué haría ahora. El abogado a quien siempre recurria, tenía su despacho dos calles más allá; ¿iría a verlo? ¿O daría aviso a la policía, a Scotland Yard? Eso era tal vez lo que debía hacer. Uno de los dos había hecho el robo, aunque ambos habían intervenido en él. Y ahora el cáliz estaba en posesion de Hawksfoot ... desde las nueve de la mañana y ahora

eran las diez y cuarto. De pronto el Vicario se decidió; iria a la calle Half Moon, pediria hablar con Hawksfoot y le diria todo directamente; si se rebelaba, negaba o protesta-ba, no sólo lo amenazaría con la policía, sino que inmediatamente lo denunciaria. Esto era lo mejor que podía hacer... y en cinco minutos Leggatt estuvo en la puerta de Hawksfoot. Un valet joven contestó a su

llamado. -El señor acaba de salir, señor - respondió. -Hace diez minutos; no podría decirle cuándo estará de vuelta, señor, pero sé que almorzará en el club. -tPero no sabe si estara

ahora alli? - preguntó el visitante. -No sabe; bueno... creo que lo mejor será que entre y deje una tarjetita al senor, si puedo ... -Naturalmente, señor - dito el valet colocándose a un la-

do, respetuosamente. Lo condujo a una salita donde había un escritorio antiguo. - Papel y sobres, aquí, señor.

—Gracias — replicó Leggatt.

Acercó una silla al escritorio...

y cuando el valet se hubo retirado, cerrando la puerta detrás suyo, dejó oir una exclamación de sorpresa y alivió. Allí, a la derecha, enfrente suyo, en un compartimento del escritorio estaba el cáliz de Hislip! Al lado de la tapa del escritorio estaban los papeles en los cuales había estado envuelto. El Vicario obró con una de-

terminación que lo sorprendió a él mismo; guardó en uno de sus bolsillos el objeto robado y luego se dirigió resueltamente al hall, desde el que llamó al valet.

-He cambiado de idea - dijo Leggatt con calma. -No escribiré porque plenso ver al se-nor Hawksfoot en el club. Pero.... - agregó sacando una tarjeta suya de la cartera- en caso de que me fuera imposible verlo, Louerria entregarle esta tarieta? Gracias. Buenos días.

Un momento después, este improvisado aunque eficiente detective, bajaba la escalera salfa rápidamente a la calle, Vió un taxi desocunado que acertó a pasar por alli, v subjendo a él dié la orden al conductor: -; A la estación!

A las siete de la tarde entraba Leggatt en la Vicaria, cansado pero triunfante. Fué directamente a su escritorio, sacó unas llaves que estaban cuidadosamente guardadas y se dirigió a la capilla. Una vez en la sacristía, abrió el cofre y depositó en él la reliquia tan costosamente recuperada. Entonces volvió a su casa y llamó a Mirian.

-Mirian - dijo. - 1lo he recuperado y ya está de nuevo en su lugar! La señora Leggatt no cabía en si de alegría y estaba orgullosa de la inteligencia de su

-Francisco - exclamó. - Pero . . . ¿donde lo encontraste? ¿Y como? -Lo encontre -respondió

marido.

Leggatt, dirigiendo una mirada a la puerta - sobre el escritòrio de Hawksfoot, en su casa de la calle Half Moon. ¿Qué piensas de eso, Marian? Pero... ¡eso no es todo! ¿Tenemos diez minutos antes de comer? ¡Entonces escucha. Su esposa le cia con la boca

abierta, tat era su admiración: cuando hubo oído la admirable historia levantó las manos -¡Entonces fué por esto! -

exclamé. - Fué por esto! - Por... qué? - pregunto el Vicario. - Por esto! - replicó la es-

posa. Esta tarde, más o menos a las tres, estaba aquí la senora Peacock... para pregun-tar cómo iba la tos de Robby, cuando vino un hombre del Ayuntamiento con un telegrama que acababa de llegarle... y Sir Charles se lo enviaba aquí, por si era de importancia. . Lo abrió... y me di cuenta por su expresión, que algo pasaba. Me miró de una manera tan extraña, que me quedé asombrada. Entonces se levantó repentinamente y me dijo que tenía noticias por las que necesitaba regresar de inmediato; salió casi corriendo y en seguida ví uno de los autos de Sir Charles que se dirigia a Chilminster, Naturalmente ese telegrama seria de Hawksfoot que, sin duda, Fran-

contro? Sonó el tiembre de la comida antes que pudiera contestar, pero una vez sentado en la mesa, dijo sonriendo a su esposa; -Lo hubiera deseado, Mirian. Tú tuviste el placer de ver a la señora Peacock cuando abrió su telegrama; yo no lo tuve. Pero tuve un placer satánico al dejar mi tarjeta a Hawksfootl

cisco, habrá encontrado tu tar-

jeta cuando llegó a su casa. No

te hubiera gustado estar ahí pa-

ra verle la cara cuando la en-

Hawksfoot!

Ilustración de

OHN S. FLET

CRITICA, REVISTA MULTICOLOR, - Major sireulación sudamericans, - Buenos Aires, Junio 2 de 1934,

# La Fantástica Vida de Juan Fuscaldo

sa de un terrible ataque de ner- habría descendido del cielo?

se llevo las fieras de Senira al gia y de ensueño.

-Qué suerte han tenido de que. -No... Sólo me acuerdo de él.

Un día apareció y nos -Vagué por descono-

mino. A los doce años quise ser misionero para irme al Asia, a morir. Varias veces intenté matarme. La última, me salvó una mujer. Eso fué lo trágico. Después me fuí a Rosario. Allí viví entre ratas. Horrible. Ahora estoy aquí Ustedes deben salvarme.

- Nosotros? ¿Por qué? - preguntó Ortiz Behety con beatifica que nos había resultado trágico, giéndo se a la

-No nos dedicamos a saivar al-

El nos respondió: - Entonces, ustedes son unos miserables?

- Nada de eso! -Si ustedes no son unos mise-

rables, yo debo quedarme con us-Aquel argumento nos convenció.

-¿Usted quién es? - pregun--Yo soy Juan Fuscaldo - nos dijo, con orgullo. — ¿Y ustedes? —: No nos conoce? —No.

-Entonces... ¿cómo vino aquí? -Ví el cartel del circo... y me dije: "mi camino está en el circo"... y aquí me tienen. Usted debe ser - añadió, dirigiéndose a

Ortiz Behety - el domador de fie-ras, ¿verdad? Ortiz Behety quiso abofetearlo. —Es un insulto — gritaba exas-perado, hasta que González Trillo logró contenerlo.

-Y usted debe ser el hombre de goma, ¿ch?

Sus palabras eran punzantes y burlonas. Fue entonces cuando González

Trillo quiso abalanzarse sobre él. Ortiz Behety le dijo: -Calmate, hermano. Lo expul-

Y dirigiéndose a Juan Fuscaldo: -Usted siga su camino, Váyase lejos o mátese... Nosotros no

queremos hacer una víctima más--LIrme? Pero si yo pertenezco ya al elenco del Circo Rívoli ... O es que ustedes no tienen palabra?... 10 es que ustedes son unos falsarios?... - dijo el, asombrado.

-Bueno. Terminemos de una vez. Siga su camino y déjenos tranquilos.

-Ni lo pienses - dijo Fuscaldo, tuteándolo con toda tranquilidad. - Aqui estaré perfectamente. Me instalaré en el mejor lugar. No se aflijan por mi. Lo pagaré bien, Adiós, muchachos,

Y haciendo un signo como de que estaba en el secreto, se fué a a carreta del Circo Rivoli. Ortis Bahety.

—; Ves le entendés?

Berá un ser terrestre? ¿No habra descendido del ciclo? ¿No será un milagro! ¿Una revela-

-Perece una criatura de magia y ensueño. Tiene unos ojos que brillan de

una manera extraña... -Y una voz que domina ... -Pero... llo dejaremos aqui? ¿No será un peligro, una pertur-

-Pero ... Lpodremos echarlo? Sabiamos que era imposible. Sa-biamos que aquel muchacho llega-

do en una forma inesperada, esta-ba ya ligado fraternalmente a nuestras vidas. Nuestras vidas. Nuestras vidas, de las cuales un editor argentino

dijo que no había ni un hecho que mereciera ser recordado, porque no sabía que en ellas la aventura, el espanto, lo inasible, habían participado por igual. Fue un 15 de agosto, cuando co-

nocimos en Puerto Madryn a Juan Fuscaldo. Habíamos ilegado alli con nuestras tres carretas del Circo Rivoli, para hacer una jira por todos los pueblos y grandes estancias del Sur.

Los negocios iban mal, y apenas sacábamos para dar de comer a la troupe. Llevabamos como singulares atracciones a Irene Negret, la echadora de cartas; a Tagara, el faquir; a Sergio Senira, dueno de algunas bestias famélicas; a Carmela Rivas, la ecuyére, y a los hermanos Marcus, que hacian de clowns.

Con esos elementos nos defendiamos y tratábamos de dar a la gente un espectáculo divertido e interesante. Habíamos ya gastado algunos pesos en propaganda, desde que llegáramos a Puerto Madryn, a pesar de lo cual teníamos muy poco público.

Ni la fotografia de Carmela Rivas, pegada en todos los hoteles y comercios del pueblo, lograba llamar la atención, a pesar de que Carmela era una de las muchachas más lindas e impresionantes que hayan pisado el Sur de nuestra tierra. Sus ojos, su boca, sus mejillas, sus cabellos, su cuerpo... pero a qué describir lo que todo el mundo debía admirar hasta la adoración.

Por esa mujer estuvimos a punto de quebrar nuestra vieja amistad y de acribillarnos a balazos. Cuando Carmela miraba a uno de posotros, un destello de odio brillaba en los ojos del otro.

Esa noche - 15 de agosto habis unas sesenta personas en el Circo Rivoli.

Marcus el chico dijo primero algunos chistes, como para preparar el ánimo de los espectadores. Pero esos chistes, que en Buenos Aires habían hecho reir a varias generaciones de macabros, allí no produjeron ni la más mínima im-

Después apareció Tagara. Hizo

un deslumbramiento. público, frio e indiferente.

caballo blanco, hubo algunos dida de gozo, como si el triunfo aplausos entre la concurrencia hubiese sido suyo. aplausos entre la concurrencia. cidos y misteriosos ca- Hizo la prueba del arco de fuego, y obtuvo un mediano éxito. Hizo el ejercicio del caballo bicefalo, y algunos tímidos aplausos se oyeron. Ella estaba muy fatigada. Se Eso nos inquietó. cansaba muy fácilmente cuando no era alentada por el público.

Ya estábamos preparando el reunidos, Juan se plan para abandonar ese pueblo levanto, y, diricuando sucedió lo inesperado. Las luces parecian brillar con más inmas extraviadas - dijo González tensidad. Se oyó un fuerte redo- frades: os he heble de tambor y ante nuestros ojos asombrados apareció en la pista Juan Fuscaldo, ataviado con una extraña vestimenta que había secuestrado del camarín.

-¿Qué va a suceder? - pen-

Carmela lo miraba, atônita, De pronto Juan Fuscaldo hizo una sena imperiosa, y el caballo se acer-

-; Salta! - le ordenó a Car-Ella obedeció con un poco de

temor, Después, él se encaramó ágilmente, acicateó al caballo, y aquello fué un espectáculo de embrujo, de demonio, de ensueño.

Fué un arrebato. Parecia que una ola de fuego andaba por la pista. Pruebas terribles, acrobacias jamás vistas, entre el peligro, el delirio y la fiebre. -; Basta! ; Basta! - gritaba el

público entusiasmado. Pero parecía que todo eso era poco para Juan Fuscaldo. El ca- fal. Las localidades se agotaban. ballo estaba pronto a arrojar a El número de Carmela y de Juan ambos jinetes al suelo; pero des- era sencillamente sensacional. Pe-

Vueltas y vueltas; saltos. Ya los los objetos curiosos que habíamos ron que se había ido para Chile; relamos por el suelo, destrozados, coleccionado durante nuestras ji. otros, que habían embarcado en el

- Maravilloso! - gritábamos, nuestra troupe, parecía un rey de

Sus trucos más escalofriantes, y ei El público aplaudía frenética público, frío e indiferente. | mente. Fué una noche individable, Cuando apareció Carmela con su delirante. Carmela estaba encen-

Esa noche festejamos el éxito. decía--i Pacto con el demonio! - dijo Tagara, abrazando a Juan. Carmela estaba a su lado, y parecia acercarse demasiado a él

En medio de la fiesta, cuando arroyo, para que se refrescaran! - Tenía unos ojos que miraban estábamos todos

troupe, dijo: Estúpidos cocho el favor de venir, porque sabia que me necesitabais. Esos (y nos señaló a los dos, como si fuera nuestro

dara aqui... Toda la troupe nos miro con indignación. Y Fuscaldo prosiguió:

juez), no querian

que yo me que-

-Pero yo sere el salvador de este miserable circo, porque una estrella me guia... Yo convertire este circo en la atracción del mundo entero ... yo ...

La semana siguiente fue triunpués, ante la pirueta mortal del ro él se aprovechaba de la situamuchacho, una pirueta que pare- ción. Se apoderó, primero, de la

un poco, decia, y alli murieron de una manera extraña. Estaba borracho como una cu- ahogadas. Provoco discordias entre ba y cayó redondo bajo la mesa. los tres hermanos Marcus, y éstos se separaron con más rencor que un turco. A la echadora de cartas le hizo una fulminante de-

claración de amor, y tuvo con ella

complicaciones nocturnas.

haya caido en sus garras - nos

Un día destrozó los aparatos de

vios. Otro día abrió las jaulas y

Tagara, y éste cayó enfermo, pre-

Poco a poco, nos fué anarquicia que iba a ser la última, todo cama de Ortíz Behety; después, zando todo el circo, hasta el dia seguia como si nada hubiese ocu- de la piel de tigre de González en que nos dió el colpe fatal. Hu-Trillo. Se guardaba nuestra ropa, yo con Carmela Rivas. Nos dije-Los seguiamos con el corazón an- ras, y se indignaba si le pedía- transporte "Toro". No pudimos mos cuenta de ello. En medio de saber nada de él.

-¿Te acordás todavía de Car-mela?

-Si se hubiera quedado, nos habria enloquecido....

-Fué un deslumbramiento...

- ZSeria un ser terrestre? ¿No

-Parecía una criatura de ma

-Fué un milagro...

-Nos dejó arrumados.

- Callate. No hablemos más. Pero no hacíamos otra cosa que recordarlo. Juan Fuscaldo: sus

rrible. Fué el infierno. Tiempo trágico que es mejor no recordar. Pero cuando llegamos a Comodoro escueto telegrama de Randon: leo surgiendo, las ruedas de las Rivadavia, la suerte empezo a son- "Hoy llega compañía". Nos pre- máquinas girando en un torbellireirnos de nuevo. Ihamos como di- paramos a recibirla, y aunque no desesperado; ojos abiertos, fi-

-A veces la locura es mejor.

ojos, su magia, su ensueno.

taba escrito que había de pasar;

bía huido a tiempo, y hubiera sido casi imposible encontrar sus Pasó tiempo desesperado y tehuellas en el desierto.

-No pensemos más en él.

aun mucho tiempo antes de que pudiéramos estrechar la mano amiga y fraterna de Larsen. Al flegar a Laguna Negra, nos entera comisión policial había tratado de detener a nuestro amigo, acusado de hacer propaganda subversiva entre los mineros. Larsen ha

película filmada en el Sur.

y contrabandista.

aventuras conta-

remos algún día.

que nuestro gran

amigo Juan Lar-

sen, que había si-

do compañero de

Nemo en las mi-

nas de Aberg Co-

bo, se encontra-

un contrato escabroso con un tal artistas enviados no podían ser con sus enormes bodegas tanques, Pedro Randon, hombre de avería más antifotogénicos y llenos de abiertas como bocas. Humanidacique pensaba enriquecerse con una absurdas pretensiones; las máqui ¡Más que Eisenstein! nas eran inservibles; los focos En Comodoro debiamos esperar alumbraban menos que cualquier nas, elementos, artistas, no estas la llegada de los artistas, maqui- vulgar lamparilla eléctrica. Con porquerías que tenemos aqui. nas y operadores, para trasladar- eso nos esperaba el fracaso. Uni-

nos a Yacimientos cuando todo camente el francso. Pero, ya no era hora de desani-Esa misma no- marse. Había que seguir adelante estudiado desde el punto de vista che, después de y filmar la película de cualquier psicopatológico, por haber fracasaejer nuestro mi- manera, costase lo que costase. do con "Angustia", voy a fracasa" núsculo equipaje porque aquella era nuestra única otra vez? [Nunca! en el paradero esperanza de ganar algunos pesos llamado pompo- con que poder regresar a Buenos

samente "Gran Aires. Hotel del Siglo", La compañía con la que debía-nos hicimos ami- mos filmar "Petróleo", la compo gos de un tal Le- nian: Miguel Ayala, nervioso, hisque desempeñaría el papel protagónico, para lo cual, según procional, cuyas pia confesión, había ensayado durante cuatro meses las indicaciones que recibia por correspondencia desde Hollywood: v otros se-Por el supimos res extraños, funambulescos y desorbitados. Todo esto, unido a un operador italiano, amigo de Marinetti y de Bragaglia, y a una maquina de las que, probablemente, habian usado los desocupados que dibujaron renos en la cueva de Altamira-

ba en Laguna Negra, y para más asombrosa del mundo - dealla nos largacia Ortiz Behety con vehemencia. mos con la es-González Trillo lo miraba escépperanza de encontrarlo. Pero esticamente y sonrela en silencio.

-¿Qué? ¿No lo crees? - gritaba Ortiz Behety. - Ya verás. Dejaremos estupefactos a los productores de Hollywood. Después de esto, nos ofrecerán contratos mos de que, dos horas antes, una fabulosos; vendrán a pedirnos de rodillas que aceptemos la supervisión de las grandes produccio-

-Es probable...

-¿Cómo? ¿Lo dudás? Haremos maravillas, algo nunca visto. La visión humana de la tierra despe-Al día siguiente recibimos un dazada por los barrenos, el petró

SON PERCANCES

PRESUMBLES.

NO TE AFLICIAS,

Y TOMA ALGO

A LO VE SENOR PROFESOR: LOS ANIMALES SON

MAS INTELIGEN

TES QUE LOS

SE LO QUE PASA: HAN

SE SIENTEN

CONSCRIPTOS

EGETALES

CONTRA LA

TO5.

ra conseguirlo, habíamos firmado la decepción que nos esperaba. Los que; los barcos, como una flota,

-Para eso hacen falta maqui-

-Fabricaremos las máquinas, crearemos los artistas. ¿Creés que porque la critica dijo que debia ser

El único optimista era él. Los artistas - de alguna manera había que llamarlos — pensaban so-lamente en el fabuloso contrato que les prometiera Randon, y aun asi soportaban con muy poca redesma Pintos, triónico, cobarde: Paolo Molteni, sistación el terrible viento que pionner, minero italiano, baritono; Carlota Murda, gospeaba los ojos con sus ráfagas

> -Así no podremos trabajar decia Carlota.

El italiano juraba que se iba helando lentamente y que la companía sería la responsable de su muerte, que privaría al mundo del más grande artista del séptimo

Sus juramentos eran en realidad lo único divertido que tenfamos alli, porque él juraba en cinco idiomas distintos y con un én--Con esto filmaremos la cinta fasis digno de cualquier dios homerico.

Pero aquello no era nada comparado con la vida y las peripecias que nos esperaban en Yacimientos. Allí debiamos dormir en una miserable case de lata, sobre unos cueros c naco. Para i se habia mayor desgracia, se pasaba enamorado de Carl enas de un el dia interpretando erotismo agudo.

La arena nos había dejado easi ciegos. Nosotros teníamos ya los nervios al descubierto y posiblemente hubiésemos terminado en homicidas, si una circunstancia imprevista no nos salvara, como por

Así como una vez se disiparon las nubes y se serenó el espacio, cuando "el arcángel se lanzó silencioso y rápido hacia la tierra, rodeado de un circulo luminoso, brillante como el oro o como el fulgor de un relâmpago en terriele noche", así apareció de pronto, ante nosotros Juan Fuscaldo. Era la segunda vea que apare cia en nuestro camino.

-Aqui estoy otra vez con us tedes - nos dijo. - Ahora me he convertido al espiritismo, y los quiero elevar a ustedes también hasta el circulo de los rosa cruz y de las espadas fulgurantes. -Creo que tendremos que po nerle el chaleco de fuerza - dije González Trillo.

-Yo sé un método más expeditivo - contestó Ortiz Behety-Le daremos un puesto en nue-tra

Y desde aquel momento, Juan Fuscaldo entró a formar parte del elenco artístico de la gran "Com-pañía Cinematográfica Randon". Y desde aquel momento comenzaron para nosotros las vicisitudes más terribles. Estábamos filmando una escena en la cual una fuerte explosión causaba cuatro víctimas. Todo había salido según nuestros cálculos. Los presuntos cadáveres habían adoptado actitudes de circunstancias, que, si bien no acababan de convencer de que aquellos ya no eran seres de este mundo, por lo menos no habrían de provocar carcajadas demasiado estruendosas entre los hipotéticos es-

La verdad es que conseguirlo nos había costado muchos días de trabajo, aumentado por la animosidad creciente que nos empezaban a demostrar. Porque la prédica de Juan Fuscaldo surtía efectos desconcertantes y rapidisimos. Todo el mundo, y especialmente las mu-jeres, deseaban llegar hasta aquel "círculo de las rosa-cruz y de las espadas fulgurantes" que él les prometia. Todos sentian ruidos extraños, veian apariciones y habla-ban de ectoplasmas. Lo peor era que las pocas personas sensatas de Yacimientos que no se habían contagiado aún, nos echaban a nosotros la culpa de aquella epide-

Para aquietar los ánimos, decidimos hacer una exhibición parcial de las partes filmadas. El desastre llegó cuando pasamos la escena de la explosión. El pequeño local es-taba atestado de gente, entre la cual se contaban has autoridades. Aparecieron en la pantalla nubes de humo, fragmentos de máquinas despedazadas, y luego los muertos. Los muertos Nuestra tragedia. Sobre los cuatro cadáveres se elevaban cuatro maravillosos ectoplasmas, que hubiesen hecho la gloria de Conan Doyle, Aquellos ectoplasmas, producto de la fantasia y de la industria de Juan Fuscaldo, por poco nos cuestan la

-1Qué es esto? - pregunta--Ectoplasmas - nos respondió Juan Fuscaldo, imperturbable,

-Pero. . ¿cómo? Si la muerte es fingida... -Simulan tan bien la muerte,

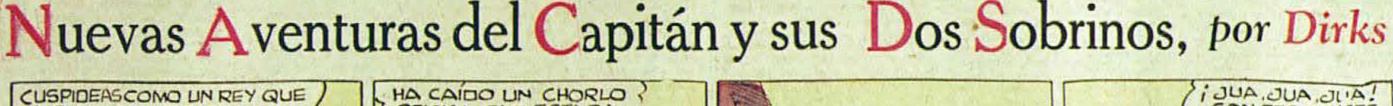
que los ectoplasmas salieron, en-

Un clamor desesperado, pavaro-so, fué el que llenó la sala. Gritos, chillidos, y, de pronto, tiros de revolver. Un estrepito infernal lo lle-naba todo. Aquellas formas fantasmagóricas, que parecían salir de los pseudomuertos y se eleva ban sobre ellos, eran verdaders animas blandas y espectrales. Se produjo un tumulto. Cuatro

cinco forajidos se lanzaron sore nosotros, amenazantes, Ibamos defendernos, cuando una mano protectora apagó la luz. Los gritos se hicieron desesperados. -¡Vamos! - gritamos, al mis-

mo tiempo. Y, entre la obscuridad y los gritos espantosos, huimos hacia Co-

Ilustración de Aristides Rechain





TOMA Y DECIANOS JUGAR TRANQUILOS. NO VAYA A SER QUE EL REY DE BASTOS EMPIECE A REPARTIR PALOS DE CIEGO.

VENIMOS A SALUDARLO EN

EL DÍA DE SU CUMPLEANOS

ADVIRTIENDOLE QUE AL

LIDO UNA BERRUGA.

CALENDARIO LE HA SA-







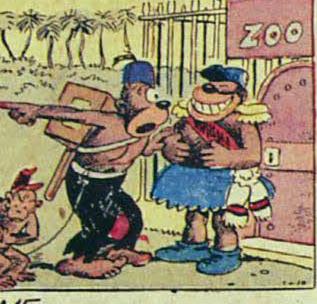












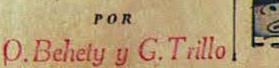












CRITICA, REVISTA MULTICOLOR, - Mayor elreninción sudamericana, - Buenos Aires, Junio 3 de 1934,

STABA vacía de todo ruido la chacra, exten-

POR

HUGO L. RICALDONI

Hustración de

ARISTIDES RECHAIN

dida al sol como un lagarto perezoso. La peonada se enderezé un instante contra el cielo encendido en reflejos metálicos, pasán-

dose la mano nudosa por la boca envuelta en un circulo de transpiración. Un chambergo hombruno arrojaba una lista de sombra contra

la frente enrojecida, que se iba afinando hasta cerrarse en el mentón, envuelto por una mata de vello rubio en un absurdo alarde

Hacia el bajo se deslizaban los tablones de verdura dispar, entre los que asomaba la tierra pálida y seca, encauzada en su centro por un sendero que se internaba a lo lejos entre las primeras cepas de un viñedo.

Una yunta de bueyes arrastraba e hincaba la cuchilla filosa de un arado y e paso cansino de un hombretón trigueño, cuyas robustas espaldas parecían sostener el vuelo de un puñado de pá-

La carretera se marcaba por una nube de polvo inconstante, y las casas por la redonda copa de una acacia que emergía de la vegetación circundante.

Era un trozo de campo con una mujer barbuda en el centro. su vientre al sol, y los maizales se habían transformado en parvas

cónicas clavadas contra el rastrojo hirsuto. Allí Dios se había transformado en la lata del agua oculta bajo un montón de chircs, y en e catre que aguarda al fin de la jornada en la fresca oscuridad del rancho inclinado.

Era un troza de campo con una mujer barbuda en el centro.

Los tizones del fuego le proyectaban reflejos que correteaban por

sus mejillas de piel seca y tirante. Apoyó el mate contra la caldera sucia y panzona, y de un bolsillo tomó la tabaquera de goma y el librillo arrollado. Lió su cigarrillo con calma, apretando la

hebra olorosa con sus hábiles dedos de peona. Encendió aspirando profundamente y dejó que su mirada escapara por el amplio patio cerra-

do por los galpones. En la puerta de la cocina un chiquilin rotoso arreglaba la lanza de su carrito de madera, golpeando pesadamente con un pedruzco, que sonaba con su to-toc-toc acompasado como la faena de un buen lenador en un bosque de viejos eucaliptus. No le gustaban los nijos ajenos,

pero le hubiera agradado tenerlos. Nunca los había logrado. Su fealdad, esa barba que le brotaba en el mentón y se escabullía hasta mezclarse con el bozo, habia hecho imposible toda esperanza de casamiento. Cuando muchacha había tenido su casa propia, una madre vieja que le ayudaba a lavar y a cocinar, y un bonito traje floreado para ponerse los domingos. Pero de nada valió eso para atraer a los hombres. Le miraban la cara, y ella adivinaba instantáneamente la risa que pugnaba por estallar en las bocas contraídas.

Ni aún la caricia torpe se había creado para ella, y sus timpanos se habían endurecido aguardando la frase entradora y dulzona que le hiciera latir el corazón. En los bailes se habían calentado las copitas de anís entre las manos anudadas en soledad, y en las carreras su sombra larga y estrecha jamás se había fundido con otra varonil y bien plantada.

Era fea y la maternidad le había escapado, dejando el vientre frio y flaco bajo la pollera de lienzo. Pero un hijo... Si pudiera tener un hijo, todo lo demás le parecería menos amargo, menos agresivo, más bueno y conciliador. Podría apretarlo contra su pecho escurrido, alisarle los cabellos, y trasmitirle esa ternura que nunca pudo utilizar en nada. Y viendo su carita sonrosada y fresca, hacerse la ilusión que había existido alguien que la quisiera sinceramente. con fuerza, con nobleza y docilidad, pero que después la muerte o el camino se lo había llevado...

Fumó hasta que la brasa le quemó las yemas de los dedos.

Después tomo nuevamente el mate, y reinició su tarea. Cebaba y sorbia. Sorbia y cebaba otra vez, sin pensar en nada. Los grillos le taponeaban 'os oidos con un canto estridente y claro, y la luna comenzaba a empinarse sobre la sombra del coral.

Las hojas secas crepitaron bajo unos pies que se aproximaban en la negrura que todavia colmaba el patio. En el circulo de claridad muy tenue que proyectaba el pequeño 'uego que encerraba con sus chancietas, se planto la figura de un hombre. Levanto la mirada, sin interes pero asombrada. Los peones no se le acercaban sino para pedirle un utensillo o para darie una indicación. Nada mas.

Entra el nuevo contratado, El de la yunta de bueyes y el arado. Un hombre silencioso y triste, treinta y cinco o cuarenta años, de grandes cejas pobladas y nariz ganchuda y gruesa. ¿Qué hacia alli?... ¿Qué que-

ria?... Queria decirle que le habia llamado la atención verla sola, aislada del fogón, maneada con su indiferencia de animal chú-

-Fué la curiosidad ... ¿sabe ...? Y me dije: si está así es porque algo le pasa, y entonces yo puedo ofrecerme para algo ... Sacudió la cabeza. No le pasaba nada. No se le ocurría nada. -Es por mi gusto y por el de ellos. Una mujer como yo ¿de

qué les vale...? Y para mi es como si no existieran. Me entiendo mejor con las vacas del tambo... Rio fuertemente, pero sin que el esfuerzo le hiciera vibrar la

expresión impasible. ¡Qué mujer más rara...! Empezaron a habiar. Habituada a monologar, tan sólo, aquel diálogo le molestaba y le resultaba incomodo, enredandosele las palabras que pronunciaba,

y lastimándole las que le llegaban envueltas en su voz pastosa. No le respondió, ansiando la retirada. Pero el otro se agacho y se puso en cuclillas a su frente, tapando el disco de la luna que se iba elevando cada vez más agilmente, como un balon lleno de gas pla-

El chiquilin se habia ido a dormir. En la cocina se sentia revolver la vajilla y las bestias se removian inquietas en el establo. La noche fosforecia sobre las chapas de zinc y una brisa muy blanda alborotaba entre las ramas altas.

-Yo vengo del otro lado del departamento. De San Baustista ... - comenzó el hombre, metiendose una mano por la boca de la camisa y rascándose el ancho pecho de coloso.

Primero fué indignación lo que le broto del alma. Después se extendió un extraño estupor, que fué absorviendo su

encono ante la proposición soez y quemante.

Se lo había dicho con una tranquilidad que sabla a la torpe ignorancia de su pobre cerebro, achatada bajo las mechas duras y retobadas. Barbuda, ¿por qué no viene luego a mi pieza...?
Así, sin ningún preámbulo, a boca de jarro se lo había lanzado.

Ella se aferró a la cadena del aljibe, y sintió cómo su reacción hacla chapotear el balde contra el agua de lo hondo. El contenido de la proposición le fue penetrando despacio, como un aceite denso y nauseabundo. Parpadeó desconcertada. Abrió la boca como si le faltara aire y apreto los puños sin saber porqué. -1 Cómo . . . ? 1 Qué.

Garraspeo embarazado con la situación, pero salió del trance: -Nada. Que más tarde podría venir a charlar conmigo, que podria venir a... a...

No se animó a tanto y se detuvo, observándola con timidez. Colocó el balde sobre el broquel y después se volvió, apoyándose contra el muro curvo. -Pero, digame, ¿Está loco...?

-Lloco...? ¿Por qué...? Usted vive sola, sin un cariño, Nadie se preocupa porque esté triste o alegre. Y a mi me pasa algo me atrevo a nada. Tengo ha Soy fuerte y todavia joven, y cuando pienso en ciertas cosas la cabeza me zumba y me da vueltas... Se hirguió con furia y le escupió su rabia contenida y sorda:

Claro ...! IY como no tiene donde recostarse me echa las babas encima ...! ¡Si, soy la barbuda ...! La barbuda que ha de estar esperando que pase el primero y se la lleve, como un cojinillo s donds echarse a durmir...

Le entró miedo por haberse ido demasiado lejos, y se turbó como un niño. Movió las grandes manazas en el aire y se mordió repetidas veces el labio superior, antes de poder reiniciar su dis-

-No lo tome por mai iado, - explicó dolorido -. No supongo nada malo. Hemos sido siempre buenos compañeros y desde un principio le tuve simpatía. Después, de tanto hallarnos a solas, de tanto contarnos penas y recuerdos, me fue naciendo el cariño. Creo que es cariño. Debe ser así, porque ya ni siquiera recuerdo todo eso que tiene...

Y le mostró el vello que le subrayaba la cara. Pero no quiso escucharlo más. Alzó el balde y echó a andar rápidamente, marcando su pista con un reguero de gotas que el suelo absorvía rápidamente. La pollera se le enredaba en las piernas escuálidas, como queriendo evitar que se alejara en el bochorno de la tarde.

Todo aquello era muy raro dentro de la chacra.

Los dias se fueron anotando en el tallo de la cebada, que crecía airosa y juvenil.

El frío había desalojado al sol de enero, haciendo amanecer espejos de escarcha en la lagunita de los patos. Los álamos se habían desnudado, ofreciendo sus troncos lisos al viento que desde el Sur no hacía más que amontonar nubes en el horizonte. La tierra manaba un lodo aguachento que se adhería a la suela de los tamangos, y los crepúsculos se abatían con su rápido capuchón sobre los ranchos acostados en el eje de la chacra.

La barbuda continuaba desempeñando sus tareas. Carpia, segaba, podaba y ordenaba, sin una falla y sin una omición. Su vello era el de siempre, espeso y rubio bajo el mentón aguzado. Su ropa de marimacho. Su zancada larga y poderosa, de ritmo viril. Y todas las tardes fumaba silenciosamente junto al calor de un montón de brasas. Pero algo llevaba por dentro que antes no conociera. Una extra-

fia inquietud. Un deseo sorprendente, mejor dicho, que hacía más hondo el pliegue tejido entre los dos ojos.

La sensualidad incontenida del peón nuevo le había mostrado un resquicio de claridad. Le habia hecho meditar que si bien no estaba construída como para ser querida, nada le faltaba pada poder ser madre. PARA PODER SER MADRE... 1No era eso lo que había vivido acariciando con la imaginación?... Ninguna ambición más grata que la de poseer un hijo. Y aquel hombre pudo habérselo dado. A

precio de qué, era secundario. Nada importaba. Por eso en no pocas ocasiones deploró su actitud. Aquel rechazo arisco de la cita vergonzosa, en donde apretarse y mezclarse como dos animales en celo. -Si hubiera aceptado... - se decía, moldeándose la cintura con

un ir y venir nervioso de los dedos. El hombre no había vuelto a insistir. Se había contraído en su resentimiento huraño, y pasaba a su lado sin detenerse, mascullando un saludo entre dientes, que solía quedar sin respuesta.

Pero otra noche como aquella primera, la barbuda lo llamó,

apartzndo de la boca el pucho pegajoso. Cuando la escuchó se detuvo a la distancia, como temiendo un engaño. Jiró sobre los talones y aguardó algo. Pudo entonces ofrla mejor; -Acérquense, Vamos a charlar un poco... Como antes...

No se atrevió a resistir. Pero en su mirada esquiva y temblo rosa se diseñaba un gran deseo de poder expresar alguna protesta. Tal vez hasta de proferir algo que la sastimara. Pero no lo hizo y se acomodó en su lugar de siempre. Tomó el

mate y chupó sin un resuello, hasta hacer cantar ruidosamente la verba. Dejó su sombrero en el suelo y con el cuchillo comenzó a dar punta a un palito, como si tuviera que taponar un bocoy de vino. -Hoy no hace tanto frio ...

-Ha de quedar poco por arar en la cuchilla. -Poco. El pedazo entre el alambrado y el pozo.

-El tiempo nos ha ayudado, últimamente . -Bastante. Si continua asi, el domingo iré a saludar a la vieja.

a saludar a la vieja. - lrá a caballo?... -No, Me llevará el turco. Ya

le hablé... -Y la conversación se fué formalizando paulatinamente, en un entrecruz de preguntas tontas. El calor de la cordialidad se fué restableciendo entre ellos, y la decisión que se trazara se tornaba cada vez más firme en el interior de la barbuda, viendo claro, muy claro, a su frente.

Un farol de kerosene que conducía dentro de su claridad a dos pies desnudos, se asomó por una parra y se perdió más tarde en la barrera invisible de un recodo de la pared. Remolmos de viento hacían girar los papeles y desperdicios, impeliendolos velozmente hacia la sombra.

Frente al invierno, en un rincón de la chacra, la barbuda y el peón iban resolviendo concienzudamente su litigio.

Aunque él ignoraba toda la

Aquella mujer le aparecia asombradamente contradictoria. Primero le había ofrecido su amistad como un pan basto, seco

y duro. Alimenticio pero sin placer. Más tarde, el deseo que le había aproximado la había hecho retroceder, como ante una gruesa tarántula que pasara con su andar afelpado muy cerca de su cara tendida entre el pasto.

Posteriormente, cuando hasta la última esperanza se le había ahogado en el gris remolino de su aburrimiento, apareció ofreciéndosele por entero, sin retaceos ni condiciones ,como si mercara con la carne de otra mujer cualquiera, como una quitandera vulgar. Y él se apoderó de ella ciegamente, con un apetito espantoso, amasado en las noches en que no pedía dormir, y desde la chala del colchôn le subia un ardor inaguantable hasta la lengua deblada contra los

Y por último, se postrer revivir de su voluntad, imponiendo un cerco de espinas entre sus brazos formidos y las caderas descarnadas, que aceptaban mansamente todos los avances de su sexo

Un día falto a la cita. La aguardó largo rato, metiendo los dedos entre la paja brava de las paredes, y silbando en bajo tono una polka que le avanzaba desde su infancia remota e imprecisa.

No fué. No fué esa noche ni en ninguna de las que siguieron. -Estará enferma, - filosofó resignado. Y continuó aguardande sin inquietarse.

Pero la ausencia se extendió en circulos cada vez más amplios. Dos semanas se acumularon sobre sus vértebras cansadas, que em-



pezaban a molestarle al caldearse con la abstinencia, Hasta que la

increpo con dureza, desconcertado por el misterio: -Barbuda: ya no venis como antes...

-¿Por qué...? ¿Qué bicho te picó...? -Nada. Ninguno... -Y entonces, ; por qué no venis . . .?

-Porque no. Porque ya no ire más.

Supuso la presencia de una bronca. La tomó de un brazo y le or--Bueno. Tenés que pensar que soy tu mache, y que si no me

Le corté la hilación como un cuchillo filoso. -Estás equivocado. Todo se acabó y no tengo interés en nada tuyo. ¡Bastante te soporté...! Hacé de cuenta que nunca me cono-

cistes. Y si te sacaste un gusto, ni te lo cobre ni te lo repite ¿Qué más podés pedir.. ? Hubiera podido exponerle todo lo que aún aguardaba de ella.

Lo dificil que le era retornar a su antigua existencia de misantropo, calmando de cualquier manera y en cualquier forma la irritación de su virilidad. Pero no le dió tiempo a nada. Volvió a echarse su larga y ancha guadaña al hembro, y se lanzó por el sendero a gran-des pasos atropellados, chicoteando el vestido contra las matas de hinojo, que hacian oscilar sus débiles flores amarillentas en el tope de su foliaje húmedo y perfumado,

La chacra se puso a bailar desenfrenadamente ante sus ojos, en centenares de muñecos rojizos, mezclándose las plantas y los postes del alambrado en una ridicula confusión; y pareciendo trepar hasta el cielo nublado un brioso caballo zamo, que retozaba en el potrero con su cola enarcada. Caminó sin prisa hasta un cerco de membrillos. Se tumbó en el

suelo y revolcó su cabeza entre las flechillas que le cosquilleaban en los oídos. Intentó pensar en algo, pero no logró coordinar sus ideas. Aquello era demasiado desconcertante para poder explicársolo. "Si se me dió es porque le gustaba. Llegaba hasta el catre sin que se lo recordara. Alli no se impacientaba por nada, hasta que yo... Eso es cierto, Pero, ¿y cómo ahora...?

Le cansaba seguir la pista de su pensamiento. Bostezó con indolencia y se dejó dormir, aquietándose el espíritu bajo las caricias de la fatiga.

Mientras tanto la barbuda llegaba a la cuchilla. Desde alli se divisaba en toda su amplitud el paisaje monótono y cuidado. Los predios escalonados, el curso tortuoso del arroyo, la carretera que aparecia, se estiraba sin desfallecimiento y se precipitaba al encuentro del pueblo, las sementeras bien acondicionadas, las yuntas que iban y venian entre los terrones, y un molino que apenas giraba contra la linea del horizonte.

con por rincon, pliegue por pliegue, hasta donde no se animaban a HORACIO BASTERRA llegar los automóviles que arribaban desde la ciudad.

le infundia una alegria de embriaguez jamás saboreada. Si el peón hubiera sabido observar, comprender, habria notado que sus caderas se movian ahora más pesadamente, como arrastrando un lastre inte-

Porque era una mujer a la que Dios no había construído como para ser querida, pero nada le faltaba para poder ser madre... Para una mujer así, el hombre es algo de paso,

tener cabeza. . .

seguir el "tren" . .

Los hombres que triunfan, como La Flor Azteca, mostrando una los pasajeros de ómnibus, dan ins- sola parte de su cuerpo, puede set la mujer ideal, pues al contraria tintivamente un paso adelante. de los demás, demuestra al menod

La policia detuvo a aquel escritor porque vivia del "cuento".

Aquel hombre que se dió a la cine, sus amigos dijeron: "Esta bebida para olvidar una pena, no viendo su mejor pelicula"... sólo consiguió su propósito, sino que también perdió la memoria.

Aquel borracho católico y triste. no se emborrachaba si no era con "Logrimas de Christi".

Un negro se dedicó a la música con el exclusivo propósito de cambiar de sol y de conocer las "negras".

la compró una caña.

El hombre que tenía la lombris Cuando el novio hubo plantade solitaria quiso un día salir de pes- a aquella gallega, ésta se compri ca y para completar su equipo so un calentador Primus para consus

to de su descentura.

la primero, pierde la plata.

Cuando se murió aquel idiota

La sorpresa más grande de aquel

provinciano recién llegado a Bue;

nos Aires, fue cuando se entere

que aqui, para divertirse habia que

Con las sandias pasa lo que con

algunas mujeres. Si uno no las car

que se jactaba de dormirse en e

POR



CRITICA, SEVENTA MULTICOLOR, - Mayor circulación audamericana, - Buenos Aires, Junio 2 de 1834

EONARDO estaba hecho un perfecto idiota. No era para menos, pues realizaba el tipo acabado de lo que entre nosotros se llama un "pollerudo".

Víctima de sus dos únicas hermanas, mayores que él, vivia bajo la imposición permanente de acompañarlas a cuanto sitio se les ocurriese ir, y no era poco si se tiene en cuenta que no paraban ni un minuto en la

Al cine, a la tienda, a la zapateria, a las innumerables visitas, a los bailes; a todo eso tenfa que acompañarlas Leonardo. Naturalmente que a él le hubiese gustado bailar, pero le estaba prohibido aprender. Para fundamentar esta prohibición se argumentaba que era demasiado joven... que tenía solamente diez y seis años y que el entusiasmo del baile podría impedirle el vigilar debidamente a sus hermanitas.

Por supuesto que esta previ-sión había sido tomada por la madre, pues ni a Julia ni a Celia se les importaba que aprendiese o no, ya que la vigilancia que pudiera realizar él, la burlaban cada vez que se les ocurria. ¡Si era un verdadero babieca! Sus ojos se clavaban sobre un par de botines de charol de un joven bailarin, y alla se iban, dale que dale vueltas por todo el salón, hasta que la pieza terminase, Otras veces, sua ojos se fijaban en el arco del violinista, y automáticamente subían y bajaban al compás de aquél hasta que cesase de tocar. Leonardo caminaba exactamente igual que Celia y hablaba con las mismas inflexiones de la loz de Julia, Calculese qué impresión produciria, pues sus facciones eran más bien femeninas, aun cuando su contextura física fuese todo lo varonil que puede ser a su

Sus propias hermanas burlábanse de él, hasta el punto de que cuando Celia le imitaba las inflexiones de voz de Julia. gonzarle, era Julia quien se enfurecia y a su vez se ponia a caminar como Celia...

Cuando este courría, Leonardo no acertaba más que a decir:

-Voy a contárselo a mamá

Por lo demás, ya se adivina que la "feminidad" de Leonar-

do no consistia más que en su

manera exterior, adquirida por

el frecuente trato de sus her-

manas y agravada por el hecho

de que el chico no tuviese rela-

niente en quedarse un cuarto de

hora ante el escaparate de una

tienda, comentando en alta voz con sus hermanas, el color de

ciertas medias o el bordado de

Un dia trabé relación con un

muchachito de su edad, a quien

conoció en el café anexo al cine

del barrio. Habiaban de football

Cierta vez ocurrió algo extra-ordinario. Un Joven a quien él

no conocia pero que tenía inti-

midad con su amiguito, entro al

cafe en que estaban ellos, acom-

pañando a una mujer, y toma-

ron asiento en la mesa que el

Se sintió profundamente tur-

bado, y una ola de calor, que él

presentia de color muy rojo, le

envolvió la cara, Aquella mujer

estaba muy pintada y habiaba

con una desenvoltura que le sor-

cuando entró también un hom-

bre con una pierna de palo y

que por anadidura tenla una horrible jorobs. El hombre aquel

era el lazarillo de un organillo.

Se acercó a la mesa y pidió una

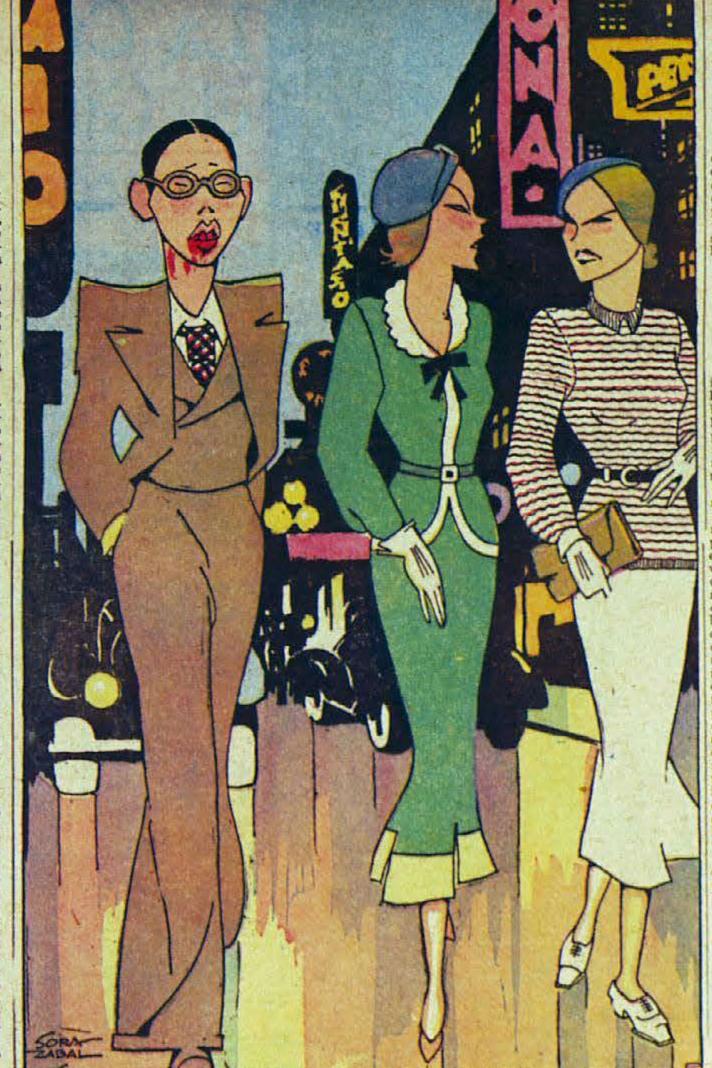
Apenas arababa de sentarse,

tal camisa.

y nada mas.

ocupaba.

ciones con jóvenes de su sexo. De modo tal le habian imbecilizado, que ya no tenía inconve-



-Oh, no, joven. No se vaya tima, la misma lastima ahora? algo, pero no acc. qué. Se sentia humillado, no otros mismo

de. Julia Aquella mise tuvo la desgraciada ocurrencia de burlarse de ... undole las inflexiones oz. Lo que Leonardo experimentó entences fué algo indescriptible.

Sintio que el mundo lo tragaba, que ya no era nadie, que aquel miserable jorobado era mil veces más dichoso, puesto que

nadie se purlaba de el. Convulso, rojo, le grito: Repitelo, repitelo, si eres capar.

Ella repitió la burla, pero esta vez con mayor en sa n amiento femenino.

Leonardo no pudo contenerse y le dió un bofeton.

limosna. La mujer le dió una

moneda y cuando aquél se hubo

retirado, ella dilo, con acento

mensamente rico, pues como no

puede aspirar al amor sincero,

que es la primera felicidad para un hombre, no le quedan más

que los placeres de la mesa y de la embriaguez. Un hombre

blen parecido que se ve en la

última miseria, cree más en el

amor que si estuviera en la ri-

queza, y esto le hace feliz. Pero

a ese pobre jorobado ¿qué le

queda? Si yo fuese rica lo mantendria a las mil maravillas.

Y se quedo realmente entris-

Leonardo era un muchacho

de muy buen corazón, así es qu

quedo muy impresiona o por la

tristeza de aquella mujer, y qui-

so también al opinar algo, pero lo hizo con tan mala rte que

La mujer paso subitamente de

Leonare se puso de pie, tem-

la tr eza a la carcajada, pero

una carcaiada larga, estrepito-

ontenible ...

-Bueno, yo ... me voy.

Pobre, pobre hombre!

dijo una barbaridad.

bloroso, rojo.

-Ese hombre debiera ser in-

de lastima;

Julia, pasado el primer momento ( estupor, erhôse a llo-El pobre muchacho, asustado

nacia la calle y se extravió por Lo que h-bia hecho se le aparecia estupendo, inaudito. Para el, acababan de cerrarse para toda la vida las puertas de su

casa. Hasta la madre estaba per-Con lagrimas en los ojos, pen-

-S se tiene piedad por un jorobado o por un rengo, ¿porqué no me la tienen a mi que soy bis Si la gente no hace

mas que reirse, ¿para qui quie-

Cuando regresó a su casa, por la neche, ya habian cenado, Sus hermanas le esperaban usra que las acompañase al cine.

No se atrevia a mirar de frente a Julia y se sentia profundamente avergonzado de estar junto a ella, no por ella, sino por si mismo, por lo que había

Es así que cuando su madre le indico que debía acompañarlas, él se ruborizó todo y con gran energia contestó: -No voy. No las acompaño

IUAN PEDRO CALOU, cuyo nombre como poeta y prosista llego a difundirse mucho, murió siendo muy jovan. El presente trabajo, que estaba en poder de uno de sus amigos, se publica per primera res

tporque? ¿Que tiene ( o ! Us-ted es un buen muchacho. Sien-

Comprendió que una fuga era en verdad más vergonzosa. y volvió a sentarse, pero un pensamiento le pir . o la me ma-ción durante todo el día. Pen-

-Sí, esa mujer me tuvo lástió por el jerobado. ¿Qué hago

El creia que tenía que hace

En efecto, poco tiempo des-pués, y cuando aun estaba viva en su pecho la humillación, una e humillación que dura mucho noche, en una calle central, se tiempo y que constantemente on granders. cruzó con una trotadora, la que a aspirar a los mejores méritos se volvió para mirarle. para sentirnos redimidos ante

POR

Juan Pedro

Calou

Ilustración de

Sorazábal

Como era muy bonita, el también volvió la cabeza.

Fue inutil que su madre insis-

tiese, y la disyuntiva quedó re-

suelta con estas frases de Leo-

—He dicho que no voy y no iré más. Soy un hombre y ellas saben lo que hacen.

Las muchachas, aquella noche,

Y así comenzó la liberación de

Leonardo, aquella liberación que

le iba a hacer perder, en poco

tiempo, su "feminidad" ...

salieron solas.

Su sorpresa fué muy grande al notar que aquella mujer le miraba no con interes sino con una curiosidad despectiva.

-Buenas noches. . . - dijo él, con voz más femenina que de costumbre, creyendose en la obligación de

> decirle algo. La mujer frunció los labios como para escupir y le contesto:

-A s q ueroso! ¿Quiere mis polleras? Leonardo comprendió y a v a lanzándose sobre clia, iba

a pegarle, pero se contuvo pensando que estaba en la calle y que era peligroso. La trotadora no se movió si-

- | Si no eres capaz!

Oh, aquello era demasiado! No lo había hecho con su propia hermana?...

Fuera de si, la abofeteo con ambas manos, repetidas veces, -¡No! [No! Basta, déjeme,

perdon!, gemia la pobre mujer.
— Perdon! No, no perdono. Ya perdi la lástima! - Y siguió repitiendo los golpes, hasta que, cansado, deió caer sus La mujer lloraba, y el, entristecido por todas las humillacio-

nes sufridas, se echó a llorar también, a llorar con todo su corazón ofendido y pobre... -Lloras, lloras! [No, querido, perdoname, perdoname, por

- Porqué son todos asi tan malos? Porqué? - preguntó deloresamente Leonardo.

-Bueno, callate, callate. Eres bueno, si, se ve que eres bueno. Dame un beso ...

- No, ahora no! -Dame un beso.

La mujer le tomó una mano, le arrastró hasta un lugar oscuro de la calle y le beso repetidas veces, hasta que el conmovido, hizo otro tanto

Fueron amigos, más que amigos, quizas pudiera decirse esposos. De tal manera que poco tiempo después, Leonardo había perdido su "feminidad" ...

### Museo de la Confusión

yace una página dedica-da a la pesca perlifera con viga en el propio. El pajizo crítico de la erupdita y aburridisima seccional titulada: La paja en el ojo ajeno citó con fecha 11 de mayo del año en circulación cierto anacronismo dominguero ofrendado al Ombú. Luego de expresar el enciclopedista a la violeta la seguridad de que las estrofas serian recordadas por el lector, nos las ofrece como sigue:

Cada comarca en la tierra Tiene un rasgo prominente: El Brasil su zona ardiente, Minas de plata el Perú; Buenos Aires, patria hermosa," Tiene la pampa grandiosa, La pampa tiene el ombú. . . Como no deseo dedicarme a la

nvestigación de pergaminos, polillas incunables y menos aún recubrirme de telarañas o naftalina en los archivos de Indias o en la imprenta editora de los niños expósitos, confiaré solamente a mi memoria la tarea de corregir y aumentar este novisimo texto ofrecido por el pajuerano de la empresa Haynes. Ante todo diré que no soy un admirador del poema original ni del poeta que lo engendro, pero no po: ello dejo de reconocer el valor decumental que como inventario geográfico y mineralógico ofrece la poesia en cuestion. Tenemos, es cierto, en la actualidad obras didácticas más amplias que la dejada por Dominguez para orientarnos por el hemisferio, pero ofrecen la enorme desventaja de una prosa difícil de recordar, y que no permite al examinado la ayuda de la guitarra ni de otro acompafiamiento musical. Declararé de paso que gracias a las filarmónicas condiciones del poema logré aclarar las dudas que me ofrecia el facsimil pescatuario en su a menisima recordación. Provisto de una mandola descubri las falsas imputaciones a Zona y Miau, por el Brasil y la extraña desaparición de montículos, areniscas, sobrerrelleves, cirrosis y otros imnortantes sistemas orográficos de origen montevideano. El resultado final de la mnemotecnia combinada con el bordoneo fué el siguiente: Cambio de zona por solsticio y Montevideo su cerro, con antelación al piropo bonaerense. Al perlifero hogareño le recomiendo que busque a su Fitina.

El diario de los Mitridates publica con pavorosa asiduidad como estrambote a sus artículos de fonda o de fondo (no son izquierdistas) ciertas ocurrencias, comentarios, acuarelas, reminiscencias o reblandecimientos que titula Vinetas Urbanas. La correspondiente al 19 de mayo con gran desventura comienza asi:

RETRATOS ANTIGUOS .-Esa costumbre importada hace algunos años y difundida por ciertas calles del centro, de



instalar pequeños comercios en los zaguanes, ofrece un espectáculo variado, si no siempre agradable. En el zaguán comercial se venden cigarrillos, se reforman sombreros, se asan castañas y se fabrican llaves, todo a la vista, y, a veces, al olfato del público.

genado A. M.? ¿Que los pequeños consejos, nos sale con lo sicomerciantes se encierren en så- guiente: tanos profundos a vender cigarrillos, reformar mitras, asar castanas y repartir llaves a clientes tan inverosimiles como conjurados, conspiradores, ratones, murciélagos, fósiles, emanaciones subterráneas y tesoros escondidos?

Lo que el mitro-organismo desea es la ruina del comercio minorista. En otra forma no se extable a Pat O'Brien que emerge tografos urbanos.

La revista Rosalinda, publicación mensual para la mujer, que aparece el primer lunes de cada mes, con el asunto de la fiesta patria ha echado el resto en banderas idolatradas, laureles y olivos; gorros frigios y mishios, soldados beroicos y pasos redoblados, llegando hasta coronarse de gloria vivamos. En una instructiva pagina dedicada a los niños y titulada Historia de una escarapela (relatada por algún escapulario) encontré le siguiente:

Pasaron los años. Desde 1913 hasta 1926, tuvieron lucomo la jura de la independencia en la ciudad de Tucuman, los triunfos navales del Almirante Brown; las gloriosas campañas del General San Martin en Chile y Perú.

Quién no va a recordar todo esto que se encuentra tan cercano. Rememoremos lo que pasó en el catorce. Primero: la guerra del setenta y la catástrofe del sesenta y nueve. En seguida la revolución del noventa y la muerte de Tamás de Quincey y Fumás de Veintey. Tres meses después, en noviembre, la asonada de octubre y la chirinada de Juan Moreyra, Llegamos finalmente al 25 de Mayo de aquel inolvidable 9 de Julio que fué el causante del 6 de Setiembre p. m. Desde entonces mi alma anda errabunda. Consecuencias de las civilizaciones mayas, las mayolicas y las mayonesas con máyades.

Un eucaristico panfleto titulado Sur y Verdad con motivo de cierto Congreso de seglares, obispos y cardenales se ha puesto más impertinente que de costumbre. Con ¿Qué pretenden los del mitro- la excusa de dar sanos y buenos Hay personas religiosas que

tienen algún defecto, como el mal caracter. Dios lo permite para que sean humildes. Los impios notan estas pequeñas imperfecciones de la gente religiosa, y se escandaliran gran-

Y lo peor de todo sin necesidad. Total, si un presbitero se lo come plica que proteste por cosas tan crudo al monaguillo a lo mejor insignificantes como el olor más o es porque Dios le ha dado carta menos fuerte a llaves Yale y som- blanca de vegetariano. Si un fraibreros reformados que se expende le discolo tira el discobolo será en algunos zaguanes y calle por porque tiene patente de parálisis otra parte del inmundo idem a infantil. Si un cardenal revolea smoking que sale de las grandes la chancleta y se levanta con el tiendas y la performance inaguan- cepillo, los óbolos para los huérfanos sacrilegos, empeña el altar de los más aristocráticos cinema. mayor y permuta a un niño Dios usado por una pistola de dos cafios nueva, es perfectamente com-prensible: lo hizo para probar su



Ven a mi alma vestida de blanco, con un ramo de ensangrentadas rosas y copas de cenizas. Ven con una manzana y un

sición sospechosa. Dice así:

El mismo mamotreto hablando

Por efectos del Congreso,

del conglomerado eucarístico, dice:

seguramente, se realizarán im-

ponentes peregrinaciones al

Santuario de la taumaturga

del Plata, Nera. Sra. de Luján,

en la que se unirán a nosotros

los bravos paraguayos, los ca-

ballerescos uruguayos, los

chilenos, brasileños, bolivia-

Los bravos paraguayos entre

nosotros? Los turistas, querrá

decir. En cuanto a los otros ad-

jetivos, como uruguayo me saco

el sombrero; como brasileno, chi-

leno y boliviano, protesto desde la meseta de Matto-Grosso, la puna

de Atacama, y Cotosí Cochabamba

y la Paz. Como etcétera, tengo es-

Ahora, a pedido de algunos lec-

tores, cierto poema de Pablo Ne-

ruda aparecido en un papelacio

dominguero con fillación mitrista,

Como resulta que esta sección y el

lector son más corto, que el poe-

ma, me dedicaré solamente a in-

terpretar una parte de la compo-

nos, etc.

Porque alli hay una sala oscura y un candelabro roto, unas sillas torcidas que esperan el invierno, y una paloma muerta, con un

Yo creo que esta composición no ofrece mayores dificultades. Se trata evidentemente de una desviación del Sistema Ollendorf aplicado a la literatura. De otra manera no se explicaria los motivos por los cuales la posesión de ramos de rosas, remor de ceniza, manzanas a caballo, autorizan s introducirse en una sala convertida en palomar y amueblada por sillas inutilizables repletas de candelabros. Por otra parte, no creo tampoco que el poeta pretenderá iluminar la sala con el caballo, con poner los candelabros con la man rana o enderezar sillas por medi

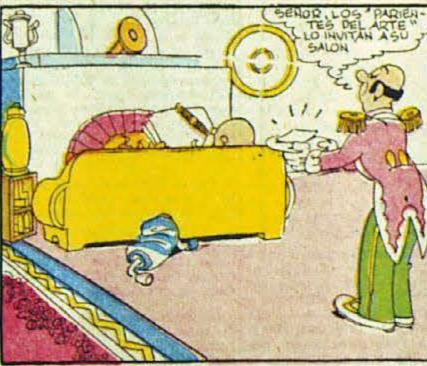
### El Nuevo Rico \* por H. Rodrigues



POR

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ













CRITICA, REVISTA MULTICOLOR, - Mayor el reula ción sudamericana, - Buenos Aires, Junio 2 de 1934

## Sobre el Arte de Ahorcar

UE un ahorcamiento en la campaña y todos nosotros éramos huéspedes del sheriff. Hubo mucho vino. De vez en cuando liguno de nosotros se levantaba podía oir a través de la puerta bs ruegos del consejero espiritual lel condenado. Rezó toda la nohe, sin descanso. En la proxinidad del alba todos salieron fuera y el condenado bajo una scalera de piedra, vistiendo una única negra, parecido a los que an a doctorarse. Era un hombre lanco; su rostro era verdoso; sus yos estaban entrados como si catinara dormido. Dos hombres lo yudaron a subir a la horca. Le abian dado medio gramo de sorfina y estaba más muerto que ivo antes de que lo ahorcaran.

El último ahorcamiento que he isto fue interesante. Lo presenló el director de prisiones del Istado. Aunque era un penalista le reputación nacional, era la rimera vez que veia ahorcar. astintivamente este género de Jecución lo repelía, pero como usto y cauteloso hombre que era. lenso que era mejor ver y reten después empezar una campapara que se aboliera el ahoramiento en su Estado y fuera ostituido por le electrocución.

Bramos veinticinco o treinta, Mos hombres. Y cada uno de peotros tenía que presentar unaequeña tarjeta impresa, que de-"Admitase al señor Tal y en la ejecución de Tal y al". Cuarenta o cincuenta hombes más se movian en la callesela de frente a la penitenciab y cada vez que un guardia ncercaba a los barrotes de la atrada, alguno de ellos se aceraba pidiéndole que lo dejara en-ter. El fiscal del Estado me din amigo personal del jefe de mardia carceles". O: "Fui uno los jurados". Pero como no tesan tarjetas en forma, no eran dmitidos. Nosotros, que ahora Isábamos el patio de la penitenlaría, éramos los únicos huéspees. Entre nosotros se incluian oliticos "que habían deseado lempre ver uno"; un cobrador ancario que subordinaba a los uyos nombres nunca faltaban en estuvo a su lado. as listas. Entre los cuatro reporers teniamos dos botellas de whis-

En unos cuantos minutos pasanos al interior de un mezquino dificio y una vez alli a un cuaro de techo altisimo. Nos paratos junto a una pesada cadena endida a través de la parte mela del cuarto. Lejos de la cadea, alrededor de treinta pies en-Ima del piso, habia una galeria, que se extendia de pared a paed. Mirando por esta galería se jodía advertir una puerta en el bndo. Estaba abierta y algunas pmbras se movian en su intetor. Una escalera de fierro baaba de la galería al suelo donestábamos. Una larga cuerda. on su extremo más bajo enro-ado en un gancho del piso iba beta el techo, donde pasaba a bevés de una argolla y caía hala abajo.

Nadie decte nada. Uno de los sporters respiraba rapida y fa-gosamente, igual que un homme que ha corrido mucho. Se abla quejado del frio, pero ahoa estaba sudando. De pronto, a pavés de la puerta de la pared le atras, salió un grupo de hompes, colocándose en la alta gaista del cadalso. El hombre que lebía ser colgado estaba en el pedio, con un guardia a cada uno sus ledos, agarrándolo y una mejantes a la linea delantera de n equipo de fooliball.

En seguida se produjo un re-nelo alrededor del condenado: m negro. Tenía una larga túnin negra. Dos hombres, arrodilándose, le ataron los tobillos ton una cuerda. Otro hombre se e acerco, susurrandole algo al sido. Era el pastor de la prisión, sero no leia un libro de oraciotes, sino que cuchicheaba. El sondenado movía la cabeza de un nodo amigable, según me pa-

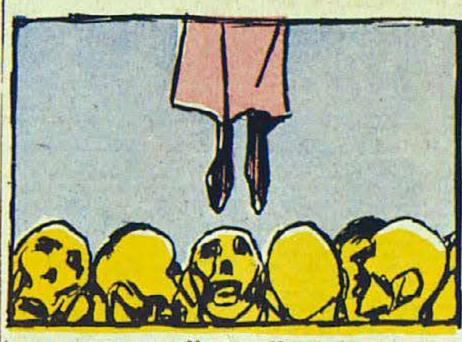
Entonces echaron una negra rapucha sobre sus ojos; el conlenado pareció manotear, como ilguien que busca algo en la obsturidad y trató de levantar un sie. En ese momento corrieron la rampa con un pesado ruido de tierros y el condenado cayó en d agujero.

Todo esto se había hecho tan apidamente que no me apercibi le que los quardias, momentos intes, hacian avegurado la cuerla alrededor de su cuello.

Las suelas del zapato del ahortado estaban colgando a unos eis metros del suelo. Las autoádades y los médicos se colocaion cerca suyo, pero no muy certa. Lin guardia saco el extremo le la cuerda que estaba enrollalo en el gancho y dejo que el merpo obrara lentamente hasta que no estuvo más que unas potas pulgadas del suelo. El hom-

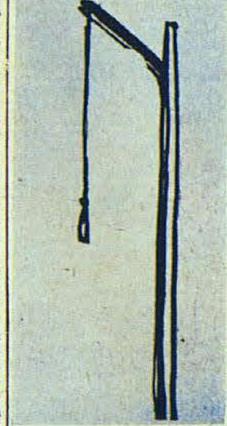


Ejecuciones por ahorcamiento: tal es el tema de esta escalofriante nota escrita por un testigo presencial



mardias para no perder ningún bre no se retorció ni giró. No se - Uno de los ahorcamientos horcamiento; cuatro repórters, sintió ningún estertor, ni se vió más exitosos que se haya visto ron la capucha blanca... Un esalgunos parientes de la victima contracción alguna de los miem- jamás. Murió en el mismo mo- pectáculo horrible se presento... lel asesino y un montón de apa- bros. Sólo un pequeño balanceo mento que la cuerda lo apretó... Una sombra púrpura cubria la ionados de los ahorcamientos, que el quardia detuvo en cuanto. El director de prisiones, con su porción baja del rostro y el es-

Un médico puso su estetoscoty, que bebimos a tragos, suce- plo encima de las vestiduras y Evamente, en los lugares obscu- constató que todo estaba en reos que atravesábamos al ca- gla, vale decir, que la muerte se



de mano en mano, de oído a oído, atenuantes.

arte de ahorcar, no sabia qué

-Ciertamente, parece que fué hecho con facilidad y expertamente -dijo-. Pero tengo que ver una electrocución antes de pedido una invitación para observar una en Sing Sing.

jueces, sheriffs y algunos médilla eléctrica; ocho por el envenepracticables en absoluto.

El sheriff (cuya cortesia debió consistir siempre en ceder su asiento a las damas), pedia que los hombres fueran ahorcados y las mujeres enviadas a la silla

POR

### RAIMOND S. TOMPKINS ILUSTRACION DE GUIDA



### Libros Recibidos

EMILE GOUIRAN — "André Gide" — (Essai de psychologie littéraire. Precedé d'une lettre de Gide) — Paris, Edit. Jean Cres.

JUAN CORNAGLIA. - "Asi son" - (Relatos de tierra adentro). Buenos Aires, 1934.

Ediciones Eurindia, Buenos Aires, 1934.

RICARDO FELJOO REYNA. - "Cuestiones Constitucionales" (Temas jurídicos y políticos). Dos tomos. - Lima, 1934 JUAN CARLOS AGULLA - "Politica Educacional" (Nuevas

doctrinas pedagógicas). - Córdoba, 1934.

SERGIO ALMAR - "Afiches para un olvido" - (Poemas).

JACOBO VARELA ACEVEDO - "Acción Parlamentaria y Diplomática"-Claudio Carcia, editor. Montevideo, 1934,

miraban esta costumbre con indignación... En el ahorcamiento de los cuatro anarquistas de Chicago.por ejemplo, que habia tenido lugar el año anterior a la campaña de Gerry, el alcaide había invitado a beber a los acusados antes de abandonar el mundo. Parsons v Fischer no aceptaron, pero Engels pidio una botella de Oporto, mientras Spies solicitaba vino del Rin.

"Desde el punto de vista moral, la grosera impropiedad de enviar un hombre a la presencia de su Hacedor intoxicado, es demasiado obvia para requerir comentario", decia la puritana comisión.

Aquí había una nueva doctrina para la teología: ¿la embria-guez subsistente más allá del sepulcro? Toda la cristiandad reclamaba una respuesta. ¿Qué pensaban de un borracho en el cielo? ¿Y en el infierno? ¿Es el alma o el cuerpo el que se embriaga? ¿Un hambre lo bastante malo para ser aliorcado vera a su Hacedor? ¿Se hacia alla alguna diferencia entre los borrachos de vino y los de cerveza al 2 o o de alcohol? Un millar de cuestiones parecidas se le ocurririan a los teólogos modernos, pero en 1888 cada cristiano suponía, sin ninguna pregunta que un hombre muerto borracho era enterrado borracho, resucitaba borracho y comparecia ante su Creador borracho, a lo menos si había sido ahorcado.

Todo ahorcamiento fracasa si la fictima se contrae, gira o lanza estertores. Desde este punto de vista la ejecución de los anarquistas de Chicago fracaso malamente. El reporter del "New York Herald" tenla un lugar próximo al cadalso de los obreros y relata la ejecución asi:

"El cuello de Parsons no se quebro y los horrores de la muerte por estrangulación tuvieron lu-gar. Los mis indifirentes espectadores vieron con piedad el angustioso sufrimiento del agonizante y cómo su pecho se distendia en el patético esfuerzo de los pulmones por obtener aire... La caída de Engels debió quebrarle el grueso cuello... Fischer colgó limpiamente por unos cuantos segundos y entonces algunas débiles convulsiones desarreglainstintivo aborrecimiento por el panto de una agonia por estrangulación fue visible. Los dedos de Pischer se contrajeron violentamente, alcanzando al rostro. Después de unos segundos todo concluyo. Y las manos cubiertas de la sangre que le brotaba al ejeque pueda decir la diferencia. He cutado de la garganta volvieron a colgar inertes... El cuerpo de Spies experimento algunas horrorosas convulsiones".

Recientemente, el 21 de febre-La cuestión no ha sido solucio- ro de 1930, en la prisión de Esnada jamás. La comisión Gerry tado de Arizona, en Florence, hizo una encuesta acerca de cuál arrojaron a la condenada Eva sería el sistema más humano de Dugan tan lejos de la trampa que ejecutar. Se recibieron 200 res- el nudo corredizo le cortó la capuestas, de fiscales de Estado, beza. En el otoño de 1931, el verdugo Scroggins tuvo la misma cos. Ochenta estaban por el ahor- mala suerte con un penado en la camiento; ochentisiete por la si- penitenciaria del Estadó, en Moundsville. Cuando el negro namiento; cinco por la guillotina: John Jackson fué colgado en Macuatro por el garrote; siete por ryland, en la penitenciaria de Balmétodos variables, como el apu- timore, en 1930, la cuerda se corfialamiento o un tiro en la ca. tó. Jackson fué sacado inconsbeza. Los ocho restantes eran im- ciente de la parte baja del cadalso, en una camilla. Arreglaron una nueva cuerda y el negro, desde la camilla, fué lanzado a la trampa, muriendo antes de haber salido de su desvanecimiento.

Es dificil encontrar estadistieléctrica. Un juez deseaba que se cas completas acerca de los ahorcolgara a los acusados de "cul- camientos. Ahora sabemos que pas graves" y se electrocutara en desde 1922 hasta 1929 324 perhabla producido. El aparato pasó aquellos casos en que hubiera sonas fueron ahorcadas en los Estados Unidos. En el mismo pe-Los médicos se hablaban en voz Un ahorcamiento a la america- tiodo 550 personas fueron elecbaja.- Parecían una cantidad de na, en el ochenta por ciento de trocutadas. En el primer caso alcomerciantes en tren de discutir los casos, incluye una emblaguez rededor de cuarenta por año. En las cualidades de una mercadería. del reo y muchas veces de sus el segundo sesentiocho. Los 22 ereja de guardias detrás suyo. El alcaide dijo, mientras se lle- guardianes. Mr. Gerry y sus aso- Estados que ahorcan ejecutaron ciados, hombres muy morales, menos personas que los 19 que ciados, hombres muy morales, menos personas que los 19 que electrocutan. El Estado en que se han producido más ahorcamientos es el de California. Su record es de 67 en ocho años. Pero Pensylvania, el más grande empleador de la silla electrica, ha despachado 107. Illinois, el Estado de los "gangseters" ha colgado solamente 40 y Nueva York ha electrocutado 98.

De los siete Estados que una vez abolieron la pena de muerte y luego la restablecieron, en lugar de aprovechar la oportunidad de los "gangsters" ha colgado ron al viejo sistema de ahorcar. En 1931 la Legislatura de Virginia rechazó un proyecto de ley que proponia substituir el ahorcamiento por la electrocución.

La Liga pro Abolición de la Pena Capital tiene una oficina en Nueva York y trabaja activamente. Mientras tanto, el término medio de 110 ejecuciones por año se mantiene.

Y, lo que es peor, en más de un Estado civilizado, donde la horca oficial es regularmente accitada y pulida y donde la cuerda de cáñamo se guarda con todo cuidado, en un sitio fresco y aireado, según las prescripciones, el pueblo soberano, de pronto, renuncia a los servicios del verdugo profesional, se apodera de un negro, fabrica por si mismo el nudo corredizo y lo cuelga del árbol más próximo.

N la estancia de misia J Dorila, Sentados a la sombra de un paraiso - ¡Cómo es eso! ¿Vos andás

cara quemada, el bigote abpero, untaba de grasa las ruedas de un carro. La robusta doméstica machacaba el locro, en el mortero de piedra. Morocha, muy morocha, con los ojos profundos, llenos de vida, el cabello tirante, los labios gordezuelos y rojos. Daba gozo mirarla. De cuando en vez servia un mate a los peones o vertia un chorrito de agua en la pava

los peones trabajaban.

Un tipejo patizambo, la

zos. Le interrogó el paisano del rostro quemado, clavándole los -Candelaria: ¿cuándo nos ca-Y se escuchó la risa jocunda de los peones. Continuaba en el

tiznada. Todo el cuerpo cimbrea-

ba al levantar los fuertes bra-

mismo tono de burla: -¿Por que no me queres para marido? No soy tan feo. ¿Por que no me queres como a Juan

La peonada reia, con un reir extraño, adivinando la intención La chinita se había aqueren-

ciado en la casa. Un día misia Dorila recogió a la niña sin padres que le entregaba la policia

-; La iguana! ¡La iguana! Gritaban los chicos de la cocinera, rompiendo el silencio de la siesta, Gruñó el galgo viejo, despertando, con el oido atento. Los gozques ladraban, corriendo en todas direcciones. En el fango se revolcaban crios y marranos. Entre unas matas de sandía un perro negro apareció con la iguana despedazada, entre los dientes. Un chico desnudo, revuelta la pelambre, le quitó el sangriento despojo, y se lo mostro a misia Dorila, que espantaba el tul de mosquitos, rodeada de aves, bajo una parra en cier-

La vieja apergaminada, bostezo largamente, y dijo con voz refunfuñona: -Dejá eso, mal impuesto, y

alcanzame el látigo. Con la vara que le entregó el niño espantaba las gallinas. El aire caliente trafa ruido de cascabeles. Arriba, en el cielo blanco, chillaban las gaviotas. Un coche negro y alto se detuvo en la tranquera. Misia Dorila fue a

-Pase, Manuel. Ya vino esta mañana el capataz a ofrecer la visita. ¿Cómo te va Dina? Dona Dina le saludaba en el

estribo del coche, con un ramito de jazmines en las manos sarmentosas. Las dos viejas temblonas se abrazaron junto al pozo, recordando los años de la infancia. Murmuró doña Dina: -Vengo de las misiones. ¡Un santo el padre Calixto, un santo! ¡Que linda fiestita hizo ano-

che el padre! Venía Candelaria con el mate servido, descalza como una esclava. Ahora se había puesto un traje de percal rosa. Doña Dina murmuró gravemente:

-Ya sé que andás de novia.

Hasta Rincón de Luna llegó la noticia. No se quién será el mozo, pero ya podés tener mucho cuidado, no te vaya a pasar lo mismo que a tu madre. Reconveniale misia Dorila, santiguandose en muestra de

con amorios sin decirme a mi nada? ¡Ah, picara! Yo quiero que esta sea la mujer del cochero. ¿Qué te parece? Así todo queda La criadita callaba, poniéndose encendida. Continuó la anciana avinagrada:

-Jamás le hablé de sus padres, che. No conviene que los conozcan, porque en cuanto te sirven para algo se los llevan. ¿Te acordás de "Cambaí", que ya sabia contar las vacas? El domingo, a la oración, vino a bus-carlo su madre. ¿ Estás contento, pa'mi hijo? - le decia. Y se lo llevó, nomás. Era de ella. Nadie puede quitarle su derecho. Venía el tape a caballo por los

montes. Era un mozo jovial, de mejillas bermejas, alto, arrogante. El guitarrero era de vida nómada, que deambulaba de chacra en chacra, por Corrientes, la Mesopotamia argentina, Llevana el cuchillo atravesando el cinto. A ratos descabalgaba para abrirse camino en la maraña con el hacha, Legua y media hasta llegar al sitio de destino. Para prolongar la delicia de la espera retenia el caballo al paso, o se estaba largo rato encendiendo el cigarro. Tenia una ansiedad inaplacable, un alma virgen y ardiente que le hacía amar con calma, sin temor a las fuerzas ciegas de la Naturaleza. A intervalos el soplo de la brisa agitaba el poncho redondo. Paró el caballo. Silbó tres veces. La puerta del galpón se abrió cautelosamente. Al echar pie a tierra oyó la voz de la doméstica:

- Juancito! - Candelaria! Estaban apagadas todas las voces del campo. Pasó una bandada de téros. Después, el silencio profunde. Los ojos alegres del moro la miraban con ingenua malicia:

-Hoy estás más linda que Durante mucho tiempo pasearon en la noche callada. Se sen-

taron, después en un tronco de quebracho cafdo. El la con-POR templaba sonriendo. En el **ALEJANDRO** gran estero florido de camalotes, croaban las de ranas. La luna roja ' duminaba las aguas para-

Ilustración de Rojas

ria sujetaba la cansada rodilla con los dedos entretejidos, Aquellos lugares solitarios y salvajes estaban llenos de altísimo silencio. Invisibles violetas exhalaban frescos olores. El mozo spoyó la guitarra a su camisona rayada, haciendo sonar las cuerdas. Cantaba polkas guaranies, y su música pri-mitiva se confundia con la música infinita de los cielos nocturnos. A la criada le invadió un delicioso sobresalto. El cuntor le acarició las manos, conservándo-

das, entre jun-

cales. Candela-

- Candelaria! Candelaria! Apenas hablaban. Ella esperaba que el mozo la interrogase pero preferia atraerla hacia si con dulzura, acercándose todo. Sintió la muchacha que su ros-

las entre las suyas:

tro se coloreaba: -Dejame, Juancito...

-Vamos a ser marido y mu- Thizo acudir el llanto a los pár jer: ¿Le dijistes a la patrona que

La Criadita y

La historia de un paisano guitarrero, buen

mozo y decidor... y fundamentalmente infame

Guitarrero

Los ojos de la criadita le miraron serios: -Dice que sos un atorrante.

querés casarte conmigo?

El mozo murmuró: -: Me caigo y me levanto: No seas zonza. Ella te quiere como a una hija y te va a ayudar. Y eso soy para ella, nomás. El otro día me retó mucho por vose

El sombrero pajizo de alas anchas, daba sombra a la afeitada faz. En aquella actitud de reposo Candelaria ofrecia su beleza entera.

Juan Clavero le suplicó en voz amante: -¿Serías capaz de obedecerme

en cualquier cosa? -¿Por qué me preguntás eso? La mujer tiene que ser mujer para todo. -Anoche me dijistes que tu

Sabés donde puso la platita? - Robar!... | Nunca! -Ella es culpable, mi novia. No debiera ser amarreta, y pres-

patrona ha vendido unas pieles...

tarnos unos reales... En la siesta llameante doña Dina buscaba a la criadita. Anduvo todas las dependencias de la casa, con sus libros de rezos, llamándola a voces, Por fin apareció Candelaria, restregándose los ojos.

-¿Donde has estado? → le pregunto misia Dorila, avina--Alla, en la cocina.

-Cállese la boca, mal impuesta. Voy a dar la orden de que te vigilen por la noche. Vos te quedás dormida en los rincones... para eso he cria-

tantas... La vieja movía el cráneo compasivamente, cortándose los padrastros con una tijera chica:

do a tantas y

-Andá a poner las sábanas en el catre del capataz. Apareció una negrita con el vaso de leche. Misia Dorila sorbió la es-

puma blanca: -Vos no vas a hacer como

las otras. Me vas a servir a la Doña Dina, limpiándose con el

dorso de la mano la boca sumida, entró en las piezas calientes de bochorno. La criadita piensa en huir, quiere alejarse con su amado. Con él viviria en perpetuo amor. Pasó una hora en sombrio abatimiento. La negrita le hizo compañía varios ratos. Atada al ombú balaba una oveja. La estancia estaba en santa paz. La emoción del amor

pados de Candelaria. Como la mayor ventura soñó que estaba casada con Juan Clavero, que habitaban un ranchito blanco; tenían por todo capital dos vacas lucientes. Entró en el cuarto de doña Dina, caminando en la punta de sus pies desnudos. La vieja roncaba sonoramente en su lecho. El capataz, por fortuna para ella, no velaba el sueño de su patrona, como tenía mandado. Se detuvo un instante, al oir pasos en el patio. En el ámbito oscuro sonaba el viejo reloj familiar. A la luz difusa la vieja parecía un espectro. Candelaria busco nerviosa, levantando un poco el col-chón. Había logrado reprimir el exceso de miedo: ¡Oh! Allí estaban los pesos que le hacían falta, envueltos en papel. Rápidamente los guardo en el bolsillo de su delantal. Y se fué a ence-

el dinero del hurto. Candelaria hacía mentalmente examen de conciencia, y repetía sin cesar: -¿Por qué no habrá venido

rrar en su pieza, para contar

Juan esta noche? Así durante dos semanas. El capataz había sido despedido por misia Dorila, culpándosele del robo. En aquel estado de incertidumbre no podía continuar la criadita. ¡Estará enfermo? — se decia. 1Se habrá ido lejos con la plata que ella le entregé? En silló un caballo manso, al temblar el sol de la mañana. Requirió las riendas, sentándose como un hombre, pegó un chirlo al tordillo. Va por la chacra renacida, entre naranjos llenos de

sol, en la lianura venturosa... Cuando llegó al pueble era ya el crepúsculo. Apenas podía te-nerse sobre el caballe. Se detuvo en el rancho de Tale. El paisanaje estaba de fiesta. Bailecito y churrasqueada. Las chinas endomingadas rodeaban al "bastonero", con los semblantes regocija-dos. El hombre del seordeón tocaba una ranchera. Candelaria saludó desde el estribo, apoyan-do la diestra en el hombro de

un mozo para descabalgar: \_\_ Por quien es la fieste? Adivinó por el gesto del labra-

-Se casó Juan Clavero con la hija de Talo. A Candelaria temblábale todo el cuerpo. Ella dijo con una son-

-Es lo mismo. El mozo la miró lleno de asombro:

-LVos no le querés...? Quedó un momento silenciosa. Al cabo murmuró en voz muy

- Para qué. . Si al ya no me quiere...

CRITICA, REVISTA MULTICOLOR, - Mayor circulación sudamericana, - Buenos Aires, Junio 2 de 1934.

A casa de los Blethyn, situada en una planicie al norte del pais de Gales, estaba rodeada de un parque boscoso circundado por una vieja verja, siendo solamente una pequena porción de las en otro tiempo vastas posesiones de la

En la época en que se desarrollaron estos sucesos, sus habitantes eran: Sir William Crowland, segundo espeso de Lady Silvia Blethyn, esta y un hijo del primer matrimonio de la esposa, de nombre Harold. Sir William había contraído enlace con Lady Silvia siendo ambos de edad un tanto madura y cuando ya Harold contaba veintidos años. Diez habían transcurrido desde entonces y puede decirse que no reinó la tranquilidad ni la paz en el hogar en todo ese tiempo, debido a la disparidad de caracteres de los componentes de la familia, ya que Lady Silvia era verdaderamente la unica equilibrada de todos.

Su esposo frisaba en los sesenta años y era de un caracter fácilmente irascible, lo que, unido a su temperamento sanguineo y a su marcada afición a la bebida, lo convertian en el ser menos apto para convivir con su hijastro Harold.

Este, de carácter retraído, era un verdadero neurasténico, y se naliaba positivamente convencido de que el único móvil que había impulsado a Sir William al matrimonio con su madre era el deseo de disfrutar de los cuantiosos bienes que componían el patrimonio de los Blethyn.

Las disputas no eran del todo frecuentes entre ambos, pero cuando surgian, llegaban a un grado de violencia que a duras penas podía mitigar el espíritu apacible de Lady Silvia, y si aquéllas no se producian a diario, ello se debia a que el joven Harold, dado su temperamento huraño, evitaba la presencia de Sir William y pasaba sua días encerrado en su habitación, entregado a extrañas lecturas, y otra gran parte del tiempo dedicado a la cara, abundante en aquellos lugares, siendo una de sus pequeñas vanidades su buena puntería y sus dotes de hábil cazador.

La servidumbre estaba compuesta por Martin Baldwin, antiguo siguiente de Sir William, a quien siguió después de su enlace; Catalina, cocinera que prestaba sus servicios en la casa desde que Harold contaba seis años; Lucie, mucama, de nacionalidad francesa, y Bessie, especie de ama de llaves con funciones mixtas de sirviente y persons de confianza.

En el exterior de la casa y no lejos de la entrada del parque, tenia su vivienda el guardabosques Barke.

Un riacho atravesaba el bosque y el parque, riacho que cerca a la casa se desviaba, lamiendo sus paredes por los costados norte y ceste, a manera de los fosos característicos de las antiguas fortalezas medioevales.

Para formarse una mejor idea del lugar en que se desarrollaron los hechos que narro,doy a continuación un plano del primer piso de la casa y de sus más cercanos contornos:

Después de una cena intima a la que asistió, además de los

dueños de casa, un amigo de la familia, el coronel C. H. Bracken-

bury, vecino y propietario de un "cottage" de les airededores, éste

se despidió para retirarse en momentos que en el reloj de la peque-

na iglesia del poblado daban las doce campanadas de la media noche.

Harold no había tomado parte en la comida, excusando su inasis-

a la carretera, sintió claramente una detonación que le pareció pro-

veniente de la casa que acababa de dejar, y como al cabo de un

minuto un segundo estampido le confirmó sus sospechas, por lo que

dando media vuelta se encaminó velozmente a la casa de sus amigos.

Cerca de la casa se le incorporó el guardabosque Burke, quien se

dirigia hacia el mismo lugar, atraldo también por el ruido de los

abierta la puerta por el mayordomo Baldwin, quien, pálido y con los

ojos extremadamente abiertos, contestó a las preguntas de los re-

reguidos por Baldwin, y al llegar al primer piso vieron al extremo

jel corredor un pequeño grupo formado por Sir William, an esposa

William - y a pesar de que Harold debe estar adentro, no nos

y Bessie, quienes golpeaban la puerta de la habitación de Harold.

Llegados a la casa, y después de llamar un momento, les fué

-Si... ha sido arriba... han debido matar al señorito Harold.

Sin detenerse un instante subieron el coronel y el guardabosque

-Los disparos fueron hechos en esta pieza - exclamó Sir

-¡Hay que forzar la puerta... mi hijo puede estar aun con

Sin perder un instante, el coronel Brackenbury apoyó su recio

hombro contra el panel, que no cedió, hasta que tomando impulso

descargó todo el peso de su cuerpo sobre la puerta, que se abrio

Cuando el coronel Brackenbury trasponia la verja para pasar

tencia por hallarse un poco indispuesto.

cién llegados con palabras entrecortadas,

vida! - prorrumpió Lady Sylvia.

nar la ventana cerrada, murmuró:

como están hasta la llegada de la

policía — opinó el dueño de casa.

tado - asintió el coronel.

gada de las autoridades.

acompanante.

Harold.

deramente extraña.

-He aquí una muerte verda-

-Mejor sera dejar las cosas

-Creo que será lo más acer-

Habrian transcurrido diez mi-

Antes de que tocaran el tim-

-En efecto - contestó Sir

nutos escasos desde la llamada te-

lefónica, cuando el zumbido de un

motor de automóvil indico la lle-

bre, Baldwin se apresuró a fran-

quear la entrada al sargento y su

William, - estabamos disponien-

donos para acostarnos cuando he-

mos oido dos detonaciones, al pa-

recer de revolver, y al forzar la puerta de la habitación de mi

hijastro lo hemos hallado sin vida.

del hecho? - requirió el sargen-

to. -Preferirla estar solo mientras reviso la habitación-. A estas palabras, Sir William, prece-

diendo a Mac Gregor, subio las es-

caleras en dirección a la pieza de

jo al llegar- y de acuerdo a sus deseos, lo esperaré en el hall con

los demás hasta que usted haya realizado la investigación que de-

Mac Gregor, y entro.

le guardo en el bolsillo-

-Esta es la habitación -di-

-Perfectamente - repuso

Lo primero que hizo fué exa-

de particular, excepto un hilo de unos treinta centímetros de largo, alherido al pijama en el borde del orificio producido por el proyectil. Lo retiró con cuidado, y encerrandolo en un pequeño sobre

minar el cadaver del joven, y al revisar sus ropas no hailó

- Podria indicarme el lugar

contesta.

violentamente.

Después pasó a inspeccionar la habitación. Ante todo trató de encontrar el arma, pero por más que reviso con todo detenimiento no pudo encontrarla por ningún lado.

Al llegar junto a la ventana se detuvo un instante, pues en el marco hallo la huella del otro balazo que se había disparado en la habitación. La ventana era del tipo de guillotina, la que tenta unas cuerdas al costado para mantener el contrapeso, lo que faci-litaban su manejo. La cuerda había sido cortada por la bala, y en la madera se veia el orificio producido por el proyectil.

Trató de abrir la ventana levantándola, mas no lo consiguió por más esfuerzos que hizo. Examinó los muebles caldos, las ropas de la cama, los libros desparramados, y con toda minuciosidad los cajones del ropero y del escritorio, y salió a reunirse con las demás

Una vez llegados al hall pidió a Baldwin lo acompañara para revisar el resto de la casa, rogando a Sir William y a los demás que aguardaran su regreso, pues tal vez tendría que haceries algu-Primeramente se hizo conducir al escritorio advacente a la

Las paredes estaban cubiertas por bibliotecas de unos dos metros de ancho por tres de alto, colocadas unas a continuación de otras, dando la sensación de una sola estanteria.

Al entrar se dirigió hacia el lado izquierdo, hallando que la puerta que comunicaba con la habitación estaba oculta por una de

habitación del malogrado Harold.

2 - Lourilovia

6 medor

5. Biblioteca

8 - arrayo

9 - Poyque

Agachôse, y examinando el suelo con gran detenimiento, movió la cabeza como sorprendido. El resto de la habitación no lo distrajo mayormente, y cuando Baldwin se disponia a acompañarlo a las demás dependencias, vió con sorpresa que Mac Gregor, sin demostrar interés en continuar la inspección, se dirigió nuevamente al

-Me parece - exclamó al llegar - que el misterio es grande; pero confio en que todo quedará aclarado.

-IEn donde ve usted el misterio? - replicó Sir William-. Si las puertas de la habitación estaban cerradas, lo mismo que la ventana, y no estaba adentro nadie más que el muerto, creo que se puede afirmar terminantemente que se trata de un suicidio.

-Para aceptar esa hipótesia - contestó el sargento - sería necesario aclarar algunas circunstancias. En primer lugar, no es frecuente que el suicida haga desaparecer el arma después de su muerte. Por más que he revisado la habitación detenidamente, no he hallado el revolver por ningún lado. En segundo lugar, no puedo afirmar categóricamente la imposibilidad de entrar o salir de la habitación, ya que la única puerta cerrada con llave por dentro es la que se forzo para entrar en ella. Aparte de esta, existía otra puerta y además la ventana.

-Pero el acceso es imposible, tanto por una como por la otra -repuso con aplomo Sir William - ya que la ventana es imposible de escalar pues da al foso, y 4. Habitaum & Harell I la otra puerta está clausurada y

3 - Habitasin & Sie William -Como usted mismo lo reconoce -concluyo Mac Gregor- el asunto se presenta difficil, pues tan imposible es salir de una pieza co-7. Hadrice de lady Sylvin mo que un cadaver se entretenga en esconder el arma empleada.

además tiene una biblioteca delan-

te por el lado del escritorio.

-En tal caso, y como jefe de la familia - respondió a su vez el dueño de casa- me parece necesaria la cooperación de la policia metropolitana, y si usted no tiene inconveniente, ahora mismo voy a requerir los servicios, comunicándome con las autoridades de Scotland Yard. -Como usted lo desee -fué

la contestación del sargentoyo, por mi parte, acepte la colaboración que usted indica-. Y dando media vuelta, se encaminó al exterior de la casa, mientras Sir William solicitaba la comunicación telefónica con la capital.

Una vez en el exterior, el sargento se dirigió hacia el costado noroeste del edificio, eruzando el puentecito de la izquierda, y se dedicó a inspeccionar el terreno en busca de alguna huella. Al cabo de un cuarto de hora, y como no hallara nada de particular, regresó a la casa, donde Sir William le informo que le habían comunicado desde Scotland Yard el envio del inspector Laughton.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, indicando la llegada del médico policial, Dr. Swinnerton, quien, llevado al lugar del hecho, constató que el proyectil había perforado el corazón de la victima a la altura del ventriculo izquierdo y que la muerte, por le tanto, fué instantánea. No se notaban rastros de deflagración de la pólvora y la hora presuntiva de la muerte coincidia con la media noche. Comprobado esto se retiro, indicando que la autopsia posiblemente suministraria datos de interes, como el calibre del arma, imposible de precisar en ese momento, pues los elementos de que disponía eran insuficientes para la extracción de la bala.

Mac Gregor, a su vez, dado lo avanzado de la hora, decidió continuar la investigación el día siguiente, ya que, no obstante la intervención de la policía metropolitana, la autoridad local debia seguir actuando.

A las dos de la tarde del dia siguiente hizo su entrada en la casa de los Blethyn el inspector John C. Laughton, enviado por el Departamento de Investigaciones Criminales para investigar la muerte de Harold.

Fué recibido por Sir William Crowland, y cinco minutos más tarde llegaba el sargento Mac Gregor, quien inmediatamente se

CRITICA, REVISTA MULTICOLOR. - Major alrestantia minmerienne,

lanca con un trozo de hierro que Baldwin les proporcionara, pudie- 🕏 ron levantar la hoja.

La puerta cerrada que comunicaba con la pieza de al lado, también fué objeto de prolija inspección. Trasladados al escritorio y antes de remover la biblioteca que ocultaba la puerta, comprobaron la existencia de huellas de haber sido desplazada recientemente. La llave no se hallaba colocada en la cerradura, y habiéndela requerido del dueño de casa, éste informó que no sabía a ciencia cierta si existía la tal llave, pues por su parte nunca la ha-

rrogatorio de práctica. Será mejor que todos se reunan en el hall y a medida que los vaya llamando vengan al escritorio.

una vez retirado el coronel Brackenbury, a la medianoche, se dirigió a au habitación en donde empezó a revisar unas cuentas que. el mayordomo le entregara por la tarde, y que habrian transcurrido unos seis o siete minutos cuando oyo el primer dispare, seguido de otra detonación, un minuto más tarde. Habiéndole parecido que prevenian de la pieza de Harold, se dirigió a esa puerta, golpeando sin obtener contestación; al momento de llegar se le incorporaron Baldwin, Lady Silvis y el ama de llaves, quienes también golpearon y llamaron sin obtener respuesta, y pocos minutes después llegaban el coronel y el guardabosques, siendo el primero quien de-rribó la puerta. Preguntado acerca de sus relaciones con el muerto, centesto, con voz firme, que no podían ser peores.

datos que los conocidos, expresando que una ver que hubo salido visitante a la medianoche se entretuvo, cerrando la Duerta v revisando las ventanas de la planta baja, cuando fue sobresaltado por el ruido de los balaros, trasladándose al primer piso, en donde vió a Sir William al lado de la puerta de la habitación de Harold.

ba en su habitación del piso superior, y que bajó alarmada al oir las detonaciones. Se mostro reticente al ser interrogada acerca de las relaciones del muerto con la familia, y especialmente con Sir William, llegando a murmurar: "Eso tenía que suceder con sus continuas disputas. La de aver fué la más violenta de todas.

suministraron ningún dato interesante, pues expre-saron no haber oldo los disparos y sólo se enteraron de lo ocurrido cuando Bessie subió a despertarias. Ninguno de los interrogados oyo ruido

Llamado nuevamente Sir William, el inspector Laughton le solicitó que si el estado de Lady Sylvia lo permitia desearía cambiar algunas pala-

Breves instantes después los policias se trasladaron a la habitación de la dueña de casa la que, pálida y demacrada por el insomnio, se pres-

Se refirió a que la noche anterior, al retirarse el coronel, se había dirigido a su habitación, y estaba dispeniendose a descansar cuando oyo las detonaciones lo que le causó gran impresión, hasta que dominándose pudo salir y vió a su esposo y a

-No - respondió Lady Silvia - nos hizo -¿Ocurría ello con frecuencia? - insistió

chas veces no cenaba o lo hacía en su habitación. -: Eran buenas las relaciones entre Harold y Sir William?

-No tan buenas como yo hubiera deseado; tenían caracteres muy opuestos... pero, ¿por que me pregunta esas cosas? -Señora - respondió Laughton - aunque resulte doloroso, es nuestro deber averiguar todos los detalles que puedan ser úti-

Y después de algunas preguntas sin importancia ambos policias se retiraron de la habitación. -Es necesario registrar toda la casa - opinó el inspector, una vez que hubieron salido - pues hay dos objetos que deben ser

Llegados al hall, recomendó a los presentes que permanecieran en ese lugar hasta que terminaran de revisar la casa. Una media hora después los dos policias, que se habían distri-

buido la tarea de buscar ambos objetos, regresaron, el uno empu-fiando un revolver calibre 32, hallado en el ropero de Sir William y al que faltaban dos proyectiles, conteniendo las correspondientes capsulas, y el otro una llave que probada resultó ser la que buscaban. Esta última se halló en uno de los cajones de la mesa si-

Interrogado Sir William sobre el particular, nada pudo manifestar, excepto su extrañeza, pues afirmó no conocer la existencia de ninguno de los objetos, En momentos en que ambos policias se retiraban para hacer

un parentesis en la investigación, llego un agente portador del informe del doctor Swinnerton: el proyectil que había ocasionado la muerte de Harold era de revolver, y este de calibre 22.

hechos: A las 0.6 horas des dispares de revôlver se efectuaren en la

lucha.

Un revélver con el que se habían realizado dos disparos se hallo en el ropero del dueño de casa.

Era conocida la animadversión que Sir William profesaba a la victima, asi como los frecuentes incidentes entre ambos. El dia

POR



-Ahora - empezó el inspector - vamos a proceder al inte-

El primero en declarar fué Sir William, quien manifestó que

El segundo en declarar fué Baldwin, quien no suministro más

Pocos fueron los informes suministrados por Bessie, pues sólo declaró que a la hora en que se desarrollo el hecho se encontra-

La cocinera Catalina, y Lucie, la mucama, no

bras con ella.

tó a ser interrogada.

Baldwin que golpeaban a la puerta de Harold.

—¡ Cenó su hijo con ustedes, anoche? — preguntó el inspector.

anunciar por Baldwin que estaba algo indispuesto. -Si -se apresuró a contestar la señora- mu-

tuada en el escritorio.

Dejando vigilancia en la puerta de la casa, Laughton y Mac Gregor se dirigieron al local de la policia.

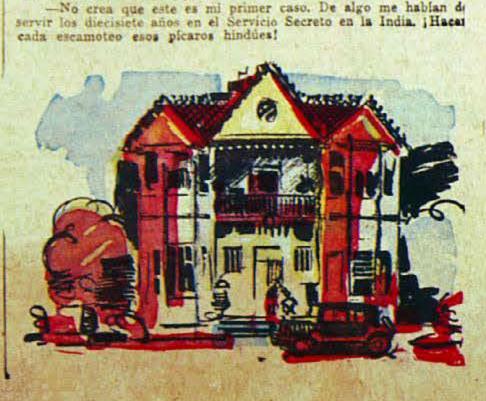
Llegados al despacho del sargento y por indicación del ins-pector, entre ambos policias hicieron el siguiente resumen de los

habitación de Harold. Uno le causó la muerte y el otro cortó la cuerda de la ventana. El desorden que reinaba en la pieza parecía indicar que hubo

La única salida de la habitación era posible por la puerta del

La llave de la puerta de comunicación en un cajón del escri-

del hecho sostuvieron un altercado.



-Me elvidaba de un detalle - interrumpió Mac Gregor, se cando un pequeño sobre del bolsillo - este bilo estaba prendid

en el pijama de la victima, al borde del orificio producido por i

ficil determinar la personalidad del criminal. No puede ser sin

lantado la pesquisa. Ante todo, deben disculparme la interrupción

barazosa, el coronel prosiguió: — Sería indiscreto tratar de con-

incluiremos en el resumen.

cribir el nombre del criminal,

profesaba a Sir William.

cer las conclusiones a que han llegado?

está consignado en el resumen.

abierta cuando dispararon los balazos.

-Aunque no le atribuyo importancia - expresó Laughton -

-De acuerdo a satas conclusiones - continuó - no parece di

La llegada del coronel Brackembury cortó el final de la frase

-Buenas tardes - exclamó el visitante - parece que ha ade

Después de una breve presentación, seguida de una pausa em

-De ninguna manera - respondió Mac Gregor, entregandol

El coronel echo una mirada sobre la hoja, y devolviéndola em

-Lo conociamos - replicó Laughton, un tanto molesto -

-Permitame - aclaró el coronel - el resumen más bien a

refiere al odio de Sir William hacia Harold. Y continuó: -Ha

varias circunstancias que al principio me llamaron la atención: un

de ellas, la intensidad con que Bego el ruido de las detonaciones

dada la distancia a que me hallaba. Debe advertirles que entiend

algo de armas de fuego. Al ver la ventana de la habitación cerrada

pense que, por lo intenso del sonido, los disparos habían sido he

chos con un arma más potente que un revolver, pero después se h

comprobado que la bala correspondia a un arma de esa clase. Un

sola explicación podía tener el hecho observado; la ventana estab

cortarse la cuerda del contrapeso.

nera, lo que realmente sucedió.

ustificaba su existencia.

nia senales de violencias.

yo afuera de la ventana,

de hilo atado a la boca del caño.

te se concreto a responder:

ran el foso,

El desorden que reinaba en la pieza era a todas luces falso

En el momento oportuno disparó, de cerca, un balazo contra l

Todos los muebles y objetos derribados habían sido colocados en ta

posición, para evitar ruidos. No había nada roto, ni su cuerpo te

cuerda del contrapeso, con lo que la ventana levantada se vino ha cia abajo, pero si tomó la cuerda con la mano izquierda, impidien

do su descenso. Entonces, con el brazo estirado y la mano derech-

afuera de la ventana, hizo punteria sobre su corazón, valiéndos

del hilo que ató por un extreme a la boca del revôlver y por «

otro el lugar que quería herir, y una vez obtenida la linea recta

oprimió el disparador. La ventana cayó automáticamente al solta

ro al cabo Laughton arguyó: -Pero, en este caso, el revolver ca

lo displicentemente el coronel - creo que ordenaria que rastrea

hallo un revolver calibre 32, con dos capsulas usadas y un troz

brillante explicación que había dado del asunto, este modestamen

Por un instante ambos policias no supieron qué responder, pe

-Si yo tuviera a mi cargo la investigación del asunto - di

Realizado el rastreamiento del foso en el lugar indicado, a

Cuando el inspector Laughton fué a visitar al coronel por la

la cuerda la mano inerte. Así murió Harold Blethyn,

interrumpió Laughton.

- Con qué motivos la cerró el criminal? -

Se cerró sola -explicó el coronel- o, me

Entonces, una vez muerto Harold, el crimi

jor diche, la cerró la fuerza de la gravitación a

nal ensayó su punteria sobre la cuerda de la ven

tana. ¿Con que propósito? ¿No le parece, corone

que estamos perdiendo lamentablemente el tiempo

- exclamo Laughton francamente malhumorado,

tedes me lo permiten, voy a explicarles, a mi ma

abrumado por una atroz melancolia y que no habi

encontrado en este mundo ningún aliciente que l

justificara la necesidad de existir. Ni siquiera (

amor despertó en él una visión optimista. Com

otros tantos enfermos mentales, a la larga crey

encontrar la solución en la eliminación, en el sul

Pero su odio a la vida solo podia comparara al que sentía por su padrastro. El suicidio lo uti

lizo como elemento para su venganza. Una ve

concebida la idea, se propuso desarrollarla col

habilidad y astučia. Provocó esa tarde una agri

disputa cor Sir William, desplazó la biblioteca d

su lugar para dejar huellas que indicaran la salid

por esa puerta, guardo la llave en el escritorio, es

condió mientras cenaban, los demás, un revolve

dentico al que emplearia, en el ropero de Sir Wi

lliam, tomando la precaucin de que apareciera re

cién disparado; después, esperó el momento pro

picio para realizar el único acto de su vida qui

-En efecto - repuso Brackembury- y si us

-Harold -empezó- era un ser desgraciade

papel que contenia el resumen - puede leer esto; sólo falta es

pezó: -Seguramente ustedes ignoran el carácter extraño de l

victima, asi como su avanzada neurastenia, y tal vez el odio qu





chando su traje de etiqueta. La plancha iba y venía empujada vigorosamente, tratando de marcar la codiciada línea recta que más tarde se vería extendiéndose desde los zapatos hasta el escotado chaleco. Esto es lo único que se nos confiará acerca de la toilette de nuestro héroe. Lo demás lo podrán adivinar aquellos a quienes una digna pobreza los lleva a procedimientos que ya no son tan dignos. La proxima vez que lo veamos será cuando descienda la escalera de su casa de pensión, inmaculadamente vestido; calmo, seguro, buenmozo. En apariencia, el típico clubman neoyorquino, levemente aburrido, dispuesto a inaugurar los placeres de la tarde (y de la noche).

El sueldo de Chandler consistia en 18 dólares semanales. Estaba empleado en la oficina de un arquitecto. Tenía veintidos años de edad y consideraba a la arquitectura un arte verdadero. Creia honestamente, aunque nunca se hubiera atrevido a admitirlo en New York, que el Flatiron Building era inferior en diseño a la gran Catedral de Milán. Cada semana. Chandler apartaba un dólar de lo que ganaba. Al final de cada diez semanas, con el capital extra así acumulado, compraba una noche aristocrática en el negocio del tacaño y viejo Padre Tiempo. Esa noche se codeaba con millonarios y presidentes; se dirigía a los lugares en los que la vida es más brillante y más fastuosa y allí cenaba con gusto y con lujo. Cada diez dolares, un hombre puede, por mas crecientes. Sentarse entre "bon-vivants", ción. La suma es suficiente para una no despreciable comida, una botella con una respetable etiqueta, buenas propinas, un no menos bueno cigarro y hasta un taxi,

Cada noche de éstas, después de diez semanas de aburrido y continuo trabajo, producia en Chandler una emoción y una alegria cada vez más crecientes. Sentarse entre "bon-vivents", disfrutando de buena música, cruzar miradas con los elegantes "habitués"... ¿Qué es el primer baile de una jovencita, comparado con esto? Chandler caminaba a lo largo de Broadway, luciendo su traje. En cierta esquina había un vistoso y moderno restaurant, en el que acostumbraba a cenar en sus noches de especial lujo. En ese momento, una muchacha que caminaba apresuradamente, resbaló sobre un poco de nieve helada y cayó en la vereda. Chandler, solicito, cortés, la ayudó a levantarse. Ella se recostó en la pared y le dió las gracias, vacilante.

-Creo que me he recalcado el tobillo - dijo - Se torció cuando cai.

- Le duele mucho? - preguntó Chandler. -Solamente cuando descanso el peso del cuerpo sobre él. Creo que estaré en condiciones

de caminar dentro de unos minutos. -Si puedo serle de alguna utilidad - sugirió el hombre - Llamaria un taxi o...

-¡Gracias! - dijo ella -, Estoy segura de que no tendre que causarle más molestia. Ha sido un descuido mio. ¡Mis tacos son tan horriblemente · sensatos

que no puedo culparlos! Chandler la miró y reconoció que comenzaba a

Hustración de

sentirse atraido por ella, Era bonita y fina, Su expresión era alegre y amable, Estaba ataviada Juan Sorazábal sencillamente, pobremente, con un vestido negro y cubria sus rizos castaños con un somorero barato, negro también. Podría haber posado como el tipo puro de la vendedora.

Una súbita idea despertó en el cerebro del joven arquitecto. Le pediria a la muchacha que cenara con él. Sería algo nuevo en su breve "season". Siempre había cenado solo en sus noches extraordinarias. Esta muchacha era toda una senorita, estaba seguro. Sus maneras y su conversación lo demostraban. Sabía que a pesar del vestido y del sembrero tan ordinarios, ella le daría una alegria si aceptaba la invitación. Todos estos pensamientos pasaron con rapidez por su mente y decidió esbozar su pedido. Eso era romper las reglas de la etiqueta, naturalmente, pero las vendedoras, generalmente, no son tan punti-llonas en esa materia. Sus diez dólares, gastados en manera discreta, bastarian para proporcionar a los dos una cena muy agradable, por cierto. Y seria, sin duda una experiencia maravillosa para la muchacha, acostumbrada, como estaria, a la dura rutina de su trabajo.

-Creo - le dijo gravemente - que su tobillo necesita un reposo algo más largo que lo que usted imagina. Se me ocurre un modo de proporcionárselo y al mismo tiempo constituiria un pla-cer para mi. Estaba buscando un lugar para ce-nar, cuando usted apareció en la esquina. Venga. Cenaremos y charlaremos y para esa hora, ya estará en condiciones de llevarla bonitamente a

La muchacha miró rápidamente a Chandler. La mirada de éste era franca, clara leal. Sonrió in-

-Pero no nos conocemos - dijo -. Yo creo

que no sería correcto, ¡No? -No hay nada de malo en eso - contestó -. Permitame que me presente yo mismo: Mr. Towers Chandler, Después de nuestra cena, la que trataré que sea lo más agradable posible, le daré las buenas noches o la acompañare hasta su casa como usted prefiera.

-¡Oh! ¡Pero con este vestido! - exclamó ella, convencida.

-No importa - la animo Chandler -. Queda así más encantadora que cualquiera de esas damas que veremos, a pesar de sus primorosos vestides de noche.

-Todavia me duele el tobillo - admitio la muchacha, intentando dar algunos pasos. Creo

que aceptaré su invitación, Mr. Chandler. Pue-Towers Chandler, estaba plande llamarme... Miss Marian.

-Vamos, entonces, Miss Marian - dijo el arquitecto, con perfecta cortesia -. No tendrá que caminar mucho. Allí, en la otra cuadra. hay un oportuno restaurant. Apoyose en mi brazo, así y camine despacio. ¡Es tan triste cenar solo! Casi me alegro de que usted haya resbalado en

Una vez que estuvieron instalados delante de una bien puesta mesa, con un solicito camarero esperando ordenes, Chandler comenzo a experi-mentar la felicidad que siempre le proporcionaban sus regulares salidas. El restaurant no era tan fastuoso como aquel de Broadway, que siempre prefirió, pero se le parecía bastante. Las mesas estaban rodeadas por comensales de prospero aspecto, habia una orquesta muy buena, que tocaba lo suficientemente suave como para permitir una conversación y la cocina estaba fuera de toda crítica. Su acompañante, hasta en su atavio barato, tenía un aire que agregaba distinción a su natural belleza. Y cuando contemplaba los azules ojos de Chandler, lo hacía con algo de admiración.

Toda la debilidad de Chandler por la figuración, comenzó a marearlo. Estaba en Broadway rodeado de lujo y de pompa y había ojos que lo miraban. En su comedia de una noche, había asumido el rol del perfecto vividor, del elegante ocioso y todos sus ángeles guardianes no hubieran podido disuadirlo de desempeñar ese papel. De modo que comenzó a hablar a Miss Marian de clubs, de tes, de golf, de equitación y de cotillones, de viaje y hasta dijo algo acerca de un yate propio. Notó que la había impresionado con su vana charla, de modo que siguió cada vez más entusiasmado. Dejó, entonces, entrever gran riqueza y menciono familiarmente varios nombres que el proletariado reverenciaba.

—Esta manera de vivir que usted me cuenta — dijo ella — suena tan futil y tan inutil. ¿No tiene usted algún trabajo que pueda interesarle más que todo eso?

- Querida Miss Marian! - exclamó -, ¡Trabajo! Piense en lo que significa vestirse todos los días para la cena, hacer media docena de visitas todas las tardes, con un policia listo a saltar al auto para conducirlo a uno a la estación de policía, por exceso de velocidad. ¿Cree usted que esto no es trabajo?

La comida concluyo, el camarero fué gratificado espléndidamente y ellos caminaron hasta la esquina, en donde se habían encontrado. Miss Marian caminaba muy bien ahora; su renguera se notaba muy poco.

-Le agradezco mucho el rato agradable que he pasado. Tengo que correr a casa, ahora. La cena estuvo muy bien, Mr. Chandler.

El le dio la mano, cordialmente y dijo algo sobre una partida de bridge en el club. La observó, mientras se alejaba y luego tomó un taxi que lo llevó lentamente a su casa. Ya en su frio cuartito, guardo su traje de etiqueta, listo para un descanso de sesenta y nueve dias. Doblaba las

OSCAR HENRY prendas pensativa-- Qué chica encantadora! - dijo para si - si le hubiera dicho la verdad, en lugar de todas esas tonterias... pero ¡bah! Tenía que actuar de acuerdo a mi apariencia.

La muchacha, después de dejar a su acompañante, se dirigió, apresurada, hacia el Este y penetró en una regia e imponente mansión. Llegó a una habitación en donde una hermosa joven, vestida elegantemente, miraba ansiosa por la ventana,

-¡Oh, muchacha! - exclamó, cuando la otra entró - ¿Cuándo terminarás de asustarnos en esta forma? Hace dos horas que saliste con ese mamarracho de vestido viejo y con el sombrero de Marie. Mamá ha estado tan alarmada. Mando a Louis en el auto para que te buscara. Eres una criatura sin cabeza -. Apretó un botón y apareció una doncella.

-Marie, digale a mama que Miss Marian ha

-No te enojes, hermanita. Solamente fui a lo de Mme. Theo a decirle que ponga adornos malva en lugar de rosa. Mi vestido viejo y el sombrero de Marie era todo lo que necesitaba. Todos me habrán tomado por una vendedora, estoy segura.

-Ya hemes cenado, querida. ¡Has tardado

-Ya lo sé. Resbalé en la vereda y me torci un tobillo. No podía caminar, de modo que entré a un restaurant y permaneci alli hasta que estuve, mejor. Las dos muchachas se sentaron al lado de la

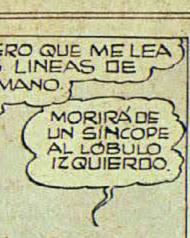
ventana, contemplando las luces y las filas de coches que transitaban por la avenida. La más joven apoyó la cabeza en la falda de su her-—Algún día tendremos que casarnos — díjo — las dos. Tenemos demasiado dinero y no pode-mos decepcionar a la gente. ¿Quieres que te diga a qué clase de hombre podría amar yo, herma-

-Sigue. cabeza loca - sonrió la otra. -Yo amaria a un hombre con profundos ojos azules, que respetara a las chicas pobres, que fuera buenmozo y bueno y no tratara de flirtear. Pero solamente podría quererlo si el tuviera alguna ambición, algún objeto, algún trabajo que hacer, en el mundo. No me importaria todo lo pobre que fuera. Yo podría ayudarlo a labrarse una posición. Pero, hermana, la clase de hombre que siempre encontramos; el hombre que vive una vida ociosa entre la sociedad y los clubs, no podria inspirarme ningun amor, aunque tuviera ojos azules y fuera amable con las chicas pobres que encontrara en la calle.

Peloponeso y Jazmín

AQUÍNO HAY

REFEREES.







por Hamlim



GOLIEN ME

LA MANO?

LEVANTA

























Y ADEMAS EL

















